

Princesa por un mes



silvia Sidney

ediciones bistaone

Gary Grant

1 Pta.

PRINCESA POR UN MES

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

PRINCESA POR UN MES

Deliciosa producción de amor y aventura, basada en
una novela de

CLARENCE BUDINGTON KELLAND

Dirección de
MARION GERING

Es un film

PARAMOUNT

Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.
Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

PRINCIPALES INTERPRETES:

SYLVIA SIDNEY
CARY GRANT

Princesa por un mes

Argumento de la película

I

No lo busquéis en el mapa. Toronda es el país desconocido—y el más irreal—del globo y si no fuera por sus famosísimos baños de barro, muy eficaces contra el reuma y la gota, a los que el gran banquero norteamericano Gresham asistió aquella temporada, seguramente Toronda hubiera seguido viviendo para siempre en la imaginación de las generaciones.

Metidos en las grandes tinas repletas del barro gris aplomado en el que iban a buscar su salud, dos caballeros departían amigablemente. Se habían encontrado dos días seguidos en aquel mar de barro y esto era bastante para que, en el aburrimiento natural de todo establecimiento sanitario, se entabla-

ra una amistad que acaso pudiera ser eterna. Uno de los dos enfermos tomaba su baño pacientemente, con una resignada sonrisa, y se entretenía en seguir el vuelo de las moscas o el espeso burbujeo del barro al menor movimiento que él hacía. El otro se revolvía de un lado para otro, impaciente, intranquilo, malhumorado. Masticaba un puro y había dejado pegado en la percha, junto con su ropa, el chiclet que masticaba al llegar a los baños. No pudiendo resistir por más tiempo su nerviosidad y su malestar al verse metido en aquel lodazal repugnante se dirigió a su compañero y le preguntó:

—¿Son eficaces estos baños de barro?

—Efcasísimos... Yo tengo fe ciega en ellos.

—¿Desde cuándo viene usted a tomarlos?

—Desde que tenía tres años— contestó el de la resignada sonrisa.

—¡Imposible!... ¿Y sigue teniendo fe en ellos?

—Sí, *míster* Gresham.

—¿Cómo conoce usted mi nombre?

—Porque le he oído pronunciarlo al camarero. También sé que es usted el gran banquero norteamericano, el que hace las mejores y más grandes especulaciones internacionales.

—Sssssh — murmuró el grueso Gresham, llevándose un dedo a los labios y dejándose toda la barba manchada de barro. — No hable tan alto... Hoy día no resulta ser banquero; todos estamos muy desprestigiados. Ahora no nos queda más remedio que esperar tiempos mejores. ¿Y usted? ¿De qué vive usted?

—¿Yo?... — preguntó extrañado el otro.—¿Acaso no me ha visto usted en los sellos de correos? Soy el rey, soy Anatolio XII de Toronda.

Gresham se puso rápidamente

en pie para hacer una reverencia al monarca. La verdad es que nada hay que iguale más a los hombres que un baño de barro, pensó Gresham mientras salía pensosamente de aquella pasta espesa que le cubría todo el cuerpo y le daba la apariencia del hombre primitivo, del padre Adán cuando acabó de salir de las manos del Todopoderoso.

—No se levante, no se levante usted...—dijo el rey con campesiana confianza. Y le tendió la mano negra y pegajosa que Gresham tomó entre la suya que estaba en las mismas condiciones.

—¿Cómo está usted?—se preguntaron a un tiempo. Y un gran puñado de barro cayó sobre el suelo pulido de la sala. Era un puñado de barro suficiente para moldear otro hombre y soplarle con el soplo divino de la gracia infundiéndole nueva vida. Pero ni el rey ni Gresham era omnipotentes para poder realizar aquella transformación y siguieron hablando como dos viejos amigos.

—Su país, *míster* Gresham, me ha causado siempre una honda admiración. Mi héroe favorito vive en él—dijo el rey.

—¿Y quién es su héroe favorito?

—Búffalo Bill.

—Siento mucho decirle que Búffalo Bill ya no vive...—murmuró Gresham, poniendo cara compungida.

—¡Hay que ver lo que somos! —exclamó el monarca.—Hoy estamos aquí, mañana, ¿quién sabe dónde estaremos?... En fin, su país me admira, sea como sea. Es muy curioso que en su país los campesinos usen el teléfono, la electricidad, el baño diario...

—Sí, y ni siquiera les llamamos campesinos — contestó Gresham con orgullo patrio.

—Si mis campesinos conocieran siquiera el agua caliente!... Pero ni eso, señor, ni eso; somos tan pobres que los campesinos no pueden ni calentar el agua.

—Pobres?... Es un defecto fácilmente remediable, majestad. ¿Por qué no lanzáis un empréstito? No sería difícil... Vuestro país tiene riquezas naturales...

—Unos pobres baños de barro...

—Vuestro pueblo es honrado.

—Hay más vicio que virtud— replicó el monarca.

—Ya sé que hoy día la honradez es un vicio poco común... Pero no tiene importancia. Se puede lanzar el empréstito. ¿Cuánto dinero necesitáis para hacer resurgir la economía de vuestro país?

—Cien millones de torondas.

—Y... ¿cuántos dólares representa esa cantidad? La toronda no se cotiza en mi mercado.

—En cifras redondas, más o menos... eso vendrá a resultar... cinco millones de dólares.

—Cinco millones!... ¡Imposible!

—Eso es lo que yo imaginaba.

—Podríamos llegar a un acuerdo, si no es su pueblo tan exigente...

—¿Cuánto ofrece usted?—preguntó el rey, regateando como podría hacerse en un puesto de mercado.

—No puedo ofrecer menos de cincuenta millones. Un empréstito de cinco millones no ofrecería garantía en mi país. Todo lo que sea menos de cincuenta millones les parecería estafa... pero para lanzar hay una dificultad. Necesitamos un frente.

—Un frente? No comprendo.

—Sí, algo que dé la impresión de que vuestro país existe.

—No saben que existe?

—A muchos les parecerá un reino imaginario...

—A mí me lo parece!—suspiró el rey poniendo los ojos en blanco al pensar en su pobre país.

—Por eso es preciso contar con algo que les muestre que Toronda es un país, un gran país, con cré-

dito suficiente para responder del empréstito. En América nos gustan mucho la pompa, los uniformes, los palacios, las grandes presentaciones... Las coronas nos encantan.

—¡Y a mí que me pesa tanto!...

—Id a América, señor, y haréis fortuna... si os dejan entrar...

—No puedo abandonar a mí país en estos momentos. Si me marcho el pueblo puede entretanto sublevarse y poner otra cara en los sellos de correos. ¡Ah, *mister* Gresham, usted no sabe lo difícil que es conservar una corona!

—¿Es posible?—preguntó Gresham, consternado.

—Y tan posible!... Hoy ya no es ningún negocio ser rey.

—Pues, si vos no queréis dejar vuestro país podríais delegar a alguien que os supliera, pero que os supliera ventajosamente.

—Habrá que pensarlo, habrá que pensarlo—murmuró el rey.

Terminaron sus baños, porque después del baño de barro tenían que tomar, naturalmente, un baño de limpieza que a veces les costaba más rato que el medicinal, y salieron a la terraza para tomar el aperitivo antes de ir a comer. Hacía muy poco rato que los dos reyes, el de sangre azul y abolengo rancio de Toronda y el finan-

ciero de Norte América, se habían reunido en la terraza cuando llegó hasta ellos una encantadora criatura de diez y ocho o veinte años que se abrazó al rey y le dijo con cariñosa franqueza:

—¡Hola, Tony! ¿Cómo ha probado el baño esta mañana?

Gresham contempló a la chiquilla con los ojos desmesuradamente abiertos, asombrado de tanta belleza y de tanta donosura. El rey, presentando a la chiquilla, dijo:

—Es mi hija, Catalina, Teodora, Margarita María de Toronda; pero en la intimidad la llamamos Sisí.

—Alteza... —dijo Gresham, inclinándose ante la muchacha que le tendió la mano con la misma naturalidad con que había abrazado al rey.

—Sisí me llama a mí Tony; nos gusta mucho la vida familiar y el abandono de toda etiqueta. Hemos suprimido tratamientos y reverencias y ceremoniales de corte. Somos pobres y un rey pobre no puede ser más que un humilde padre de familia — Tony, quisiera ir al cine esta tarde. Dan una película americana de *gangsters* y ya sabes cuánto me gustan los *gangsters*...

—Bien, pero que te acompañe

Nicolás... Nicolás es el prometido de mi hija—explicó el rey a Gresham.

—¡No es mi prometido!—exclamó prontamente la princesa, levantando la frente y dando una mirada energética a su padre.

—¡Claro, no lo es oficialmente, pero ya sabes que tienes que casarte con él! Nicolás no le gusta mucho a mi hija.

—No, ni mucho ni poco... Me casaré con él porque no tengo más remedio. Una princesa no puede seguir nunca los impulsos de su corazón... Sé que es por el bien de mi país. Sé que nos conviene esta alianza con la casa de Dohenberg... Es mi deber... Tendré que casarme. La sangre real que circula por mis venas me impide tener corazón... —murmuró con melancolía aquella encantadora criatura que humilló la frente como vencida por el destino.

—Perdone, *mister* Gresham, esos asuntos de familia... —dijo el rey, dolido de que un extranjero pudiera penetrar en la intimidad sentimental de su hija.

—Perdone, sí, no debía hablar de lo que sólo a mí atañe. ¿A quién puede importarle el sacrificio de una princesa?... Tony, ¿me das el dinero para ir al cine?

A Gresham le llamó la atención

el que, yendo al cine con su prometido, tuviera que pagar ella el cine. Gresham pensaba que ésta era una costumbre peculiar de su país, pero ahora veía con asombro que también en Toronda se practicaba.

El rey echó mano a sus bolsillos, revolvió por todos los de su pantalón y de su chaqueta y luego, volviéndose a Gresham, le dijo con la sangre fría que caracteriza al sablista:

—¿Tiene usted dinero? No encuentro mi cartera. Seguramente la habré dejado en los baños.

—¿Cuánto necesita?—preguntó Gresham que estaba acostumbrado a los sablazos y que sabía esquivarlos con gracia, pero que se veía ahora cogido nada menos que por un monarca.

—Poca cosa.. tres torondas solamente.

—¿Tres torondas?... ¿Cuánto es en dólares?—interrogó el financiero, que no lograba entender el laberinto de aquel cambio.

—En dólares... pues al cambio de hoy serán... eso es, sí, quince centavos... —dijo el rey después de haber calculado mentalmente y de haber sacado algunas cuentas con los dedos.

Gresham dió el dinero gustoso. Sus labios sonreían con una sonri-

sa complacida mirando a Catalina Teodora Margarita María de Toronda. Su rostro grueso y mofle-tudo se llenó de una alegría pintoresca y, cuando vió a la chiquilla que se alejaba corriendo a comprar las entradas de cine, dió un fuerte golpe en la espalda del rey y le dijo con aire triunfal:

—¡El frente perfecto!

—¿Qué?

—Que la princesa será la que

llevará a Norteamérica la gloria de Toronda y la que logrará que se emita el empréstito que ustedes necesitan.

—¡Bravo, amigo mío!... Veo que tiene usted una magnífica pupila para los negocios.—contestó el rey estrechando la mano del financiero norteamericano para cerrar el trato de aquel negocio que representaba la prosperidad para el futuro de Toronda.

II

En Nueva York se habían comenzado a lanzar artículos acerca del proyectado viaje de su alteza real la princesa Catalina Teodora Margarita María de Toronda y se comenzaba a hablar de los preparativos y festejos que se harían a la llegada de tan distinguido personaje, que venía en viaje de placer a honrar el suelo americano, hollando con su breve planta las calles de Nueva York y de otras grandes capitales estadounidenses.

Todos los periódicos hablaban de la próxima llegada de la princesa.

Todos hacían elogios de la simpatía y la belleza de su persona. Todos deseaban a la joven futura reina de Toronda un feliz arribo a las playas americanas. Todos se deshacían en cumplimientos y alabanzas.

Todos no. Sólo un periódico en Nueva York rehusó publicar los artículos de fondo en los que se hablaba de la princesa, artículos escritos por periodistas desconocidos y que venían siempre acompañados de un tentador cheque para obligar finamente al editor a que

se insertara en su periódico aquella carta bien redactada de elogios y de promesas.

Porter Madison, o Madison III, como se le conocía en los centros periodísticos, porque su padre había sido también periodista y periodista fué su abuelo—tres generaciones de Madison que había que distinguirlas de algún modo—no quiso secundar la campaña de publicidad que se lanzaba con tanto entusiasmo sobre el arribo de la princesa. Porter Madison había iniciado otra campaña bien distinta en su periódico. Sabía de las especulaciones fraudulentas que hacían los grandes financieros y, en su delirio de purificar el ambiente corrompido de los grandes centros comerciales y financieros, lanzaba desde las columnas de su periódico los más crueles dardos contra los ladrones que, amparados bajo una ley, eran más temibles que los gangsters a los que la policía podía tender fácilmente el guante.

Porter Madison, o Madison III, leía a su colaborador el artículo que había él escrito contra los negocios peligrosos a que se lanzaban muchos banqueros:

—Los cuervos de Wall Street hincan sus garras sobre el cadáver palpítante del pueblo — leía

Madison con una entonación furibunda.—¿Qué te parece?—le preguntó a su viejo socio fijando en él su mirada para ver qué efecto le había causado la frasecita.

—Cambia cuervos por lobos... suena mejor, y el lobo es más conocido por el pueblo que el cuervo.

—¡Me gustan más los cuervos!... Mi padre era el que usaba siempre a los lobos...

—He trabajado treinta años con tu padre Madison II, y hace un año que trabajo contigo. Sigue mi consejo y verás como no te arrepientes.

—Bueno, pondré lobos, ya que tú lo quieras. Déjame seguir leyendo; ¿dónde estaba?

—Con los lobos.

—¡Ah, sí!... Los lobos de Wall Street hincan sus garras sobre el cadáver palpítante del pueblo. Guárdate, ciudadano, de los lobos como Gresham cuando te ofrecen bonos extranjeros sin ninguna solvencia, creando países fantásticos, imaginando grandes riquezas extranjeras que sólo existen en su mente... ¿Qué te parece?—volvió a preguntar Madison, mirando al viejo.

—A mí todo me parece bien... Pero creo que no sacarás nada.

—¡Hay que impedir este empréstito que ahora se anuncia!

¡Cincuenta millones para Toronda! ¿Acaso existe ese país? ¿Qué puede haber en él que garantice esos cincuenta millones que nuestro pueblo va suscribir inocentemente, creyendo que es una buena especulación?

—Tú no sabes si esos bonos de Toronda son buenos o malos... Pueden ser buenos.

—Lanzados por Gresham no pueden ser buenos—afirmó Madison con energía.

—Algún día tendrá que hacer Gresham algo bien hecho para no perder lo poco que le queda.

—¡Es un granuja! ¡Es un sinnergüenza! No quiero ser cómplice de sus maquinaciones. Si el pueblo se deja engañar, no será porque no se lo haya advertido Madison III.

—El que se mete a redentor sale siempre crucificado.

—Pero sale con honra, y esto es lo que yo quiero. Publica esto con mi firma. No soy de los que no tienen el valor de sus propias ideas.

—Está bien.

—Desenterra estadísticas y datos que muestren la verdad de mis palabras. ¿Me entiendes?

—Perfectamente.

—¿Sabes hacer campañas resonantes?

—No he hecho otra cosa en toda

mi vida... Y si no supiera hacerlas me serviría de maestra la que los demás periódicos están haciendo de la llegada de esa princesa de cuento de hadas.

—Es verdad... ¿Cuándo llega esa mujer?

—Debe estar llegando.

—Abre la radio, a ver si nos enteramos de algo.

Obedeció y conectó el receptor. Se escuchó el murmullo de una muchedumbre, ese murmullo que a través de las ondas tiene algo de tormenta y no se sabe nunca si es un aplauso o una protesta de la multitud. Luego se hizo un silencio y se escuchó una vocecita agradable que preguntaba con ingenua curiosidad:

—¿He de hablar aquí dentro?

Debieron hacerle signos afirmativos, porque levantando la voz—se notaba que se había acercado todavía más al micrófono que el agente de la emisora le presentaba—dijo su estudiado discursito:

—Mis queridos amigos americanos: Perdonad si les hablo en mal inglés al pisar por primera vez el suelo de vuestra patria, de esta hermosa tierra americana por la que siento gran simpatía...

—Empieza dando un poco de miel—murmuró Madison, comen-

tando el discurso que escuchaba a través de la radio.

—Mi país es pequeño—siguió diciendo la voz de la princesa—, pero bonito, muy bonito...

—¡Ya salió el petróleo!—exclamó Madison con rencor.

—Nuestros países deberían cimentar sus lazos de amistad...—dijo la voz de Catalina Teodora.

—¡Cincuenta millones de dólares de cemento para los cimientos!

—exclamó Madison mirando con rabia al aparato, como si la radio pudiera transmitir también su voz y hacerla llegar a la princesita.

—Cuando regrese a mi país quiero llevarme todo vuestro afecto...

—Y los cincuenta millones—volvió a comentar Madison, interrumpiendo continuamente a la princesa, con una falta absoluta de conocimiento de las leyes sociales.

—Ha sido un gran honor para mí...—la voz de la princesa se desvaneció en un quejido y se escuchó otra vez el mugido de la multitud. En seguida se cortó la comunicación.

—¿Qué pasa?... ¿Qué ha ocurrido?—preguntó Madison dando vueltas a la misteriosa ruedecilla del aparato creyendo que se trataba de algún desperfecto. Pero no obtuvo resultado ninguno.

—¿Qué había pasado? La prince-

sa Catalina Teodora Margarita María de Toronda había bajado del vapor contenta y tranquila, aunque le dolía terriblemente la cabeza. La emoción de visitar el país esplendoroso de que tanto se hablaba en Toronda le producía una extraña emoción. Cuando el agente de la radio le presentó el micrófono era la primera vez que veía ante sí aquel aparatito raro que había de recoger su voz y trasmisitirla a los cuatro puntos cardinales de los Estados. Preguntó si tenía que hablar allí, dentro de aquella cosita diminuta, miró al cortejo que la acompañaba con ojos un poco asustados, se acercó más al micrófono y comenzó a lanzar el discurso que había escrito el barón y que ella se había estudiado de memoria durante la travesía.

Las primeras frases le salieron claras y con bastante buena dicción, aunque no dominaba demasiado bien el inglés; pero luego sintió que la vista se le nublaba, que se le ponía un nudo en la garganta y, lanzando un quejido, cayó desmayada en brazos de su camarera mayor, la esposa del barón.

La multitud rompió el silencio que había guardado mientras la princesa hablaba. Gresham se acercó a la princesa, colorado y asus-

tado, masticando su puro, y preguntó con inquietud:

—¿Qué le ha pasado?

—Nada, nada, es la emoción natural del momento... Pronto, un auto para trasladarla al hotel.

—¿No nos ocurrirá algo malo?

—preguntó Gresham al barón.

—No tema, mister Gresham, los torondenses somos gentes fuertes, de una admirable salud. Nada hay que temer.

Gresham pareció tranquilizarse. Trasladaron a la princesa al hotel, que se había dispuesto con un lujo oriental, y avisaron al médico. Gresham daba órdenes para que todos los reporteros de sociedad estuvieran a punto para lanzar la noticia de la llegada de la princesa Catalina Teodora Margarita María y dieran también cuenta del leve desmayo y del estado de su salud. Gresham pensaba que sería de un gran efecto para el público aquel pequeño desmayo de la princesa, porque la haría más interesante a los ojos de las girls americanas, tan sanas, tan fuertes, tan emprendedoras, tan decididas que no había ninguna capaz de sufrir el más leve mareo por una emoción. Siempre gustan los contrastes y Gresham estaba convencido de que la princesa simpatizaría

aún más por aquella prueba de sensibilidad tan pasada de moda.

Paseó tranquilamente por el salón esperando que el médico visitara a la enferma y que diagnosticara algo tan leve y tan sin importancia, que fuera un aliciente más a la llegada de la princesa. Masticaba Gresham su puro y pasaba su gran humanidad mientras sonreía contento de la idea que le había llevado a realizar aquella deliciosa pantomima del viaje de la princesa que había de dar por resultado el lanzamiento del empréstito de cincuenta millones de dólares que vendría a consolidar algo su quebrantada situación financiera.

Cuando apareció el barón que salía del cuarto de la enferma, Gresham corrió a él:

—¿Qué dice el médico? — preguntó con ansia.

—No es cosa de cuidado... Son paperas... —dijo el barón tímidamente.

—¡Paperas!... ¡Una princesa con paperas!... ¡Eso es inverosímil!

—Pues son paperas... Y la fiebre le ha producido el desmayo que ha sufrido en el muelle.

—¡Paperas! —volvió a exclamationar Gresham arrojando al suelo su masticado puro—. ¡Y cuándo estará buena?

—El médico dice que dentro de un mes.

—¡Un mes!... Precisamente todo el tiempo destinado al viaje a Estados Unidos. Mi querido barón, este viaje nos ha resultado la más espantosa pifia. ¿Qué hago yo ahora con una princesa con paperas? ¡Y decir que los torondenses eran gentes fuertes!... ¡Qué engaño!

—Mister Gresham, todo puede arreglarse... Iré yo, como representante de la princesa a todas las fiestas y *receptáculos* —dijo el barón, que hablaba el inglés muy mal y decía las palabras acomodándolas a su propio idioma.

—¡Usted!... ¡Valiente *receptáculo* ibamos a hacer! —murmuró Gresham repitiendo la palabra en la misma forma en que el barón la había dicho.

—Pues qué vamos a hacer?

—Necesitamos una princesa. Es preciso que tengamos cuanto antes una princesa.

—Pero... ¿cree usted que las princesas se fabrican como los automóviles? Ustedes, americanos, tienen tan industrializado al país, que todo lo creen posible. ¿De dónde sacamos una princesa?

—La fabricaremos, si es necesario —dijo Gresham con una seriedad que asustó al barón porque pensó que el banquero se había

vuelto loco—. Por de pronto cállese lo de las paperas. Por hoy el médico ha recomendado reposo a la princesa, nada más. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor... aunque a decir verdad no lo he entendido del todo bien — replicó el barón cada vez más amedrentado.

—Mi querido barón, veo que los torondenses no tienen la imaginación demasiado despierta, y lo siento por usted... En este mundo todo va por pares... Cada persona tiene su doble, y esto lo saben bien nuestros productores cinematográficos... En el club hay un socio que es mi propia estampa, y hasta es guapo. En otro tiempo conocí a otro que era su imagen viva, señor barón... Era un cocinero de un restaurante automático. ¡Y qué malo! —exclamó Gresham dispuesto a mortificar al barón, porque le había engañado diciendo que los torondenses tenían la salud a prueba de bomba.

El barón le miró con una mirada de enojo y no respondió. No quería irritar más al banquero, porque sabía por boca del rey que aquel hombre iba a salvar a su país. Gresham se asomó a la ventana. Estaba en el piso veinticuatro del hotel. Se dominaba casi toda la ciudad. Sólo los rascacielos

más altos se levantaban encima de sus cabezas. Tendió su mirada por aquella enorme colmena humana, por aquella urbe de millares y millares de seres vivientes y dijo con voz profunda, como si evocara algún mágico conjuro:

—Por ahí ha de estar... Por allí estará... No hay duda...

—¿Qué le pasa? ¿De qué está hablando? ¿Tiene usted fiebre?— preguntó el barón acercándose a Gresham y tomándole el pulso.

—Nunca había estado con la cabeza más clara que ahora, barón. Usted es incapaz de comprender mi idea.

—¿Qué idea?

—¡La encontraré, barón, la encontraré!

—¿A quién encontrará?

—A la princesa!

—No es difícil, porque está en su habitación, metida en la cama.

—No, barón, la princesa está allí—dijo Gresham mostrando con un gesto solemne el panorama de la ciudad.

El barón, disimuladamente, hizo la señal de la cruz. Era un buen cristiano y creía en los poseídos. Para él Gresham no era en aquel momento más que un poseído por el espíritu del mal.

—Barón—siguió diciendo Gresham sin mostrarse ofendido por

el miedo del torondense—, búsqueme usted retratos de la princesa: veinte perfiles y cuarenta frentes. Lo demás queda de mi cuenta.

El barón, temiendo disgustar a aquel hombre, fué a ejecutar la orden que le daba y Gresham, entretanto, llamaba a los mejores detectives de la ciudad y los reunió en asamblea.

Cuando les tuvo delante de sí les dijo:

—Señores, la ciudad no debe enterarse de lo que pasa; pero la princesa Catalina Teodora Margarita María de Toronda, ha desaparecido... Es una chiquilla, una princesita alocada y voluntariosa y ha huído. ¡Es preciso encontrarla!... ¡Quiero que me la traigan!... Ella negará que es princesa, protestará, chillará acaso presa de terror. No hagan caso. Si es preciso la metan en un saco.

El barón escuchó con asombro aquellas palabras, pero no se atrevió a decir nada delante de aquellos hombres por temor a despertar las iras de Gresham. Este repartió entre los detectives los retratos de la princesa y les dijo:

—Habrá una recompensa digna de la calidad de la persona que me van a traer. Ahora al avío. Y la gratificación será mayor cuanto más pronto traigan a la princesa.

Salieron aquellos hombres rápidamente, dominados por la idea de la recompensa y dispuestos a encontrar, fuera como fuera, a la princesa caprichosa que se había fugado.

—¿Pero qué significa todo esto?... ¿A qué viene ese juego? ¡La princesa no ha huído! La princesa está en la cama con paperas—protestó el barón.

—Es usted incapaz de tener un chispazo de imaginación... Poco a poco lo irá comprendiendo todo... Ahí, en esa masa de casas, hay ocho

millones de seres humanos... ¿No puede haber entre ellos alguien que se parezca a la princesa? Sólo con esa estratagema podremos encontrar a la princesa, es decir, a la que sustituirá a la princesa mientras dura su enfermedad.

—¡Oh!... — exclamó el barón, comenzando a comprender.

—Déjeme a mí el juego. Nunca he perdido ninguna jugada y ésta creo que saldrá maravillosa— añadió el banquero sonriendo y masticando un nuevo puro que acababa de encender.

III

Sentada al borde de la cama la muchachita, con ojos tristes y cara melancólica, iba repasando los recortes de periódico que pegaba cuidadosamente en un libro. Quería tener toda la historia de su carrera de artista, desde sus comienzos, para gozarse en ella cuando ya la fama la hubiera cubierto de gloria. Era una chiquilla de dieciocho o veinte años. Su mirada dulce y húmeda seguía las líneas en las

que sólo brevemente aparecía su nombre:

“Nancy Lane estuvo muy discreta en su papel”—decía un periódico.

“La señorita Nancy Lane se reveló una damita joven”—decía otro.

“Nancy Lane dijo su parte con ternura”—añadía un tercero.

Nancy Lane se leía por décimoquinta vez aquellas líneas y son-

reía con amargura. No eran elogios para hacerla triunfar, ni frases para hacerla destacar del resto de las artistas, como ella había soñado. Eran frases rutinarias, que se decían sin darles importancia y que dejaban en la oscuridad el nombre de aquella a la que iban dirigidas. Lancy Lane era una actriz insignificante y vivía casi de milagro, porque los contratos no abundaban en aquella época de crisis y apenas podía pagar su miseria pensión. La patrona ya le había dicho en distintas ocasiones que no podía seguir teniendo a gente que no le pagaba, pero luego se compadecía de aquella chiquilla que era buena, que no tenía medios de vida y a la que si lanzaba a la calle era para exponerla a las peores decisiones.

Nancy le agradecía a la patrona aquellas deferencias, pero le pesaba no poder pagar lo que debía. Aquella mañana se releía la crítica que de ella habían hecho los redactores teatrales, queriendo suggestionarse de que era preciso vencer en la vida. Luego se compuso, recogió su cuaderno que era una pequeña garantía de su arte, recontó el dinero que le quedaba —unos cuantos céntimos— y salió a la calle.

Sin saber qué rumbo tomar se

decidió al fin a ir a un restaurante automático donde podría comer con muy poco dinero y donde a veces había otros actores de menor cuantía, como ella, que acaso pudieran ofrecerle algún trabajillo en una compañía de barriada.

Nancy buscó los platos más baratos. Echaba su piececilla de níquel y recogía el plato colocándolo en la gran bandeja que había siempre dispuesta para los clientes. Luego marchaba a otro lado, siempre en busca de algo muy barato. Bucó así una taza de caldo, un potaje de lentejas, una rueda de carne que debía ser antigua a juzgar por lo ínfimo del precio, y aun le quedó dinero para una taza de café. Cuando llenaba ésta vió cerca de ella una magnífica pata de pollo que le llamó la atención y a la que contempló como sugestionada. Casi había olvidado el gusto que tenía el pollo, pero el precio era tan caro que no había que soñar en obtenerla.

Cuando estaba embebida en la contemplación del pollo se acercó a la fuentecilla del café un muchacho que saludó a Nancy con un campechano:

—¡Hola, chica!

—¡Donald! — exclamó Nancy creyendo ver en Donald a su providencia. — No podrías darme al-

gún papel en tu teatrito? El último que representé fué un exitazo —dijo Nancy.

—Sí, ya se ve; desde entonces no has vuelto a tener contrato.

—Porque los empresarios no quieren reconocer mi mérito.

—Chica, ya sabes que yo no soy más que un pobre actor y que bastante trabajo tengo para ir encontrando trabajo para mí. ¡Adiós, chica!

Donald se alejó y Nancy sintió un profundo desaliento. La pata de pollo, en la que inconscientemente había fijado sus ojos, volvió a sacarla de sus cavilaciones:

—Si pudiera cogerla...—pensó.

Miró a su alrededor y vió que nadie se fijaba en ella. Entonces se acercó a la caja donde estaba encerrada la sabrosa pata y la golpeó con un poco de fuerza. Sabía que muchas veces aquellos aparatos no funcionaban todo lo bien que hubiera deseado el amo del establecimiento y que, sin echar moneda ninguna, si se golpeaba fuerte, se abría la puertecita y se podía comer gratuitamente el plato más apetecido. Nancy no se había atrevido nunca a hacer aquello, pero ¡tenía tanta hambre y estaba tan segura de que nadie la veía!... Golpeó ahincadamente, golpeó con toda su fe, y logró que

la puertecilla de cristal se abriera fácilmente. Cogió el plato con aire triunfal y lo puso sobre su bandeja. Cuando se volvió para dirigirse a una de las mesas vió que dos caballeros la miraban detenidamente y se daban al mismo tiempo una mirada de inteligencia.

Nancy tuvo miedo. Creyó que la habían visto robar y que la perseguirían. Dejó sobre la mesa la bandeja con el caldo y el café y el potaje, cogió la pata de pollo entre sus dedos y salió precipitadamente a la calle. No quería que la cogieran y caminaba rápidamente, sin sin atreverse a comer la pierna del pollo para que no la delatará y de vez en cuando volvía la cabeza para ver si aún la perseguían los individuos que la tenían atemorizada.

Sí, no había duda, la perseguían, venían pisándole casi los talones y le echarían el guante en seguida. Nancy dió disimuladamente la pata del pollo robada a un perrito que pasó junto a ella. Luego, al volver una esquina, viendo abierto un gran almacén de cajas, se metió en él y se escondió detrás de un montón de cajas de embalaje.

Pero los hombres la habían visto entrar y le coparon la salida. Nancy dió un grito al verse cercada por aquellos hombres que no podían ser más que policías.

—¡Ah!... ¡No he hecho nada!— gritó, mirándoles asustada.

Los dos hombres se descubrieron y la saludaron con una reverencia profunda, mientras decían:

—¡Princesa!...

Eran dos detectives de los que Gresham había lanzado por la ciudad en busca de una muchacha parecida a la princesa de Toronda y, al ver a Nancy Lane, comprobaron su semejanza con el retrato que les habían entregado y se apresuraron a capturarla para obtener la recompensa que les habían ofrecido.

Nancy les miró todavía más asustada al verse saludada de aquel modo. ¿Serían dos locos o intentaban engañarla?

—¡No he hecho nada! ¡No he hecho nada!—volvió a protestar con energía.

—Haga el favor de seguirnos.

—La caja se abrió sola... Yo no quise robar... Alguien puso el dinero y se olvidó de abrir...—murmuraba Nancy, cada vez con más miedo de aquellos dos hombres que no sabía si estaban locos o si querían abusar de ella.

—Bien, bien, tomaremos un taxi para convencer a la rebelde—dijo uno de ellos, cogiendo a Nancy por el brazo y sin hacer caso alguno de sus protestas.

La muchacha no sabía qué pensar ni a qué atenerse. No quería gritar por no empeorar su situación. No quería huir... porque no podía huir. Fero temía que algo muy malo le iba a suceder con aquellos dos hombres. Cuando vió que se paraba el taxi delante de un elegantísimo hotel y que la metían en él a la fuerza, pensó que había llegado su último momento. Y decidió defenderse bravamente antes de caer en manos de uno de aquellos bandidos, corruptores de mujeres.

Gresham estaba en el salón-despacho esperando con impaciencia el resultado de sus investigaciones, mejor dicho, de la investigación a que había lanzado a más de cuarenta hombres en busca de la princesa de Toronda. Cuando entró su secretario y anunció que habían encontrado a la princesa, Gresham apenas levantó la cabeza y dijo con mal humor:

—¿Cuántas hacen, con ésta?

—Veintisiete, señor, contando a la bizca—replicó el secretario.

—Bueno, que pase, la veremos. No puedo despedir a ninguna sin haberme convencido por mí mismo... Que pase—ordenó Gresham con resignación, como el que está dispuesto a sufrir una tortura has-

ta el fin, con la esperanza de alcanzar la recompensa.

Hicieron entrar a Nancy Lane que miraba con ojos asustados a todas partes. Cuando se vió frente al corpulento y dominante Gresham pensó que era el jefe de la banda y que iba a ser su botín. Tembló de miedo, pero se quedó pasmada cuando escuchó a Gresham las mismas palabras que le habían dirigido sus secuaces:

—¡Princesa!...

—¿Qué pasaba? ¿Por qué todos le daban aquel tratamiento? ¿Se habían propuesto burlarse de ella y hacerla enloquecer de desesperación? Nancy no comprendía ni una palabra y volvió a temblar cuando Gresham dijo a sus hombres:

—Buen trabajo, muchachos; dejadnos solos.

—Ha llegado mi hora—pensó Nancy y encomendó su alma a Dios.

Cuando se quedaron solos, Gresham se acercó a ella, le tomó la cara con una mano, la hizo volver de perfil, de frente, de medio lado, mirándola con atento detenimiento, y, después de aquel examen, exclamó entusiasmado:

—¡Perfecta!... ¡Es un verdadero hallazgo!... ¡Se confunden!... ¡Estupendo, maravilloso, desconcer-

tante!... ¡Es usted la misma princesa!

—¿Cómo?—preguntó Nancy comenzando a caminar hacia la puerta sin perder de vista a Gresham al que creía completamente loco.

—Que es usted la nueva princesa, la princesita flamante, lo que yo estaba buscando.

—Sí... sí... ya entiendo... Soy la princesa... ¿Es usted un maniáti-co, verdad?

Gresham la cogió por una mano, la detuvo, la obligó a acercarse a él y le dijo muy seriamente:

—Usted me tomará por un loco, pero cuando yo me haya explicado ya verá que no lo soy. ¿Quiere ganarse diez mil dólares?

Nancy abrió unos ojos tamaños al escuchar aquella proposición. Nunca en su vida había soñado en poder ganar semejante cantidad. Decididamente aquel hombre estaba loco de remate, pero por lo mismo no había que contradecirle y era preciso esperar hasta el final.

—No me vendrán mal del todo —murmuró la muchacha—. La verdad es que no me vendrán mal aunque fueran mil dólares... ni aunque fueran diez dólares—concluyó sonriendo con una sonrisa tímidamente encantadora.

—Bueno, bueno, eso no me inte-

resa. Vamos al grano. ¿Cómo se llama usted?

—Nancy Lane—replicó la muchacha un poco tranquilizada al ver que aquel hombre le hablaba como si quisiera proponerle un negocio y que lo que más lejos de él estaba era seducirla.

—¿Su profesión?

—Soy actriz.

—¡Hurra, hurra, hurra!...—exclamó Gresham con un entusiasmo inconcebible—. Esto es más de lo que yo podía esperar. Tengo un papel para usted.

—¿Un papel?... También esto es más de lo que yo podía esperar. Hace días que estoy buscando trabajo en todos los pequeños teatros de la ciudad. ¿En qué obra voy a trabajar?

—Voy a explicarle. Usted no es Nancy Lane.

—Sí, señor, sí; si lo duda pregúnteselo a mi mamá — afirmó Nancy con un candor que hizo sonreír a Gresham.

—Aunque su mamá me lo jure y me enseñe la partida de nacimiento, usted no es Nancy Lane ni es actriz.

—Le puedo enseñar a usted algunas críticas que hablan favorablemente de mi trabajo.

—¿Quiere escucharme y no interrumpirme a cada palabra?—dijo

Gresham dando un formidable puñetazo sobre la mesa.

—Usted dispense — murmuró Nancy toda confusa.

—Como le decía a usted, no es Nancy Lane ni es actriz, usted es desde este momento la princesa Catalina Teodora Margarita María de Toronda, que acaba de llegar.

—¡Ya comprendo!... ¿Voy a ser su doble?

—Eso es. La princesa está en cama enferma... tiene que presentarse en público para salvar a su país y, como ella no puede, necesitamos alguien que la sustituya. Usted se parece a la princesa hasta en las pestañas... ¡Usted será la princesa!

—Pero... eso será un timo—arguyó Nancy no queriendo ser cómplice de un engaño.

—No hay tal timo.

—Pues no lo entiendo.. ¿Es usted pariente de la princesa?

—No, pero soy banquero y tengo un negocio entre manos que no puedo dejar que se estropee por unas imbéciles paperas. Toronda necesita cincuenta millones de dólares y para lanzar un empréstito de esta categoría hay que anunciar.

—¿Con la princesa?

—Claro. No hay mejor anuncio para un país que una princesa bo-

nita y graciosa. Pero ocurre que la princesa ha pillado unas paperas que la tendrán en cama un mes y hay que reemplazarla. Usted la reemplazará. Nadie sospechará del cambio.

—¿Nadie?... ¿Y su séquito?

—Todos sabrán callar por lo que a su país conviene. Como callará usted por lo que a usted le conviene. No hay engaño, puesto que la princesa existe.

—Está bien, no diré una palabra. Pero haría falta un ensayo para que me convenza de mi parecido con la princesa.

—Lo haremos en seguida. Refírese a esas habitaciones. Yo daré orden para que la vistan como a la princesa. Inmediatamente haremos la prueba. Si sale bien, el compromiso queda cerrado.

Nancy se dejó convencer. Pasaba hambre y le habían ofrecido diez mil dólares. No podía preverle la duda en ella. Era un pequeño engaño muy perdonable en una actriz. ¿Acaso las actrices no representaban muchas veces el papel de princesa? Y Nancy se dejó vestir y se contempló bella y resplandeciente con su nueva indumentaria que hacía resaltar el encanto de su cuerpo y la original belleza de su rostro.

Gresham, entretanto, llamó al

barón y le preguntó si había encontrado solución al problema que se les había presentado con la enfermedad de la princesa.

—Estoy desolado, míster Gresham... la cosa está perdida, completamente perdida, no hay remedio... Creo que lo mejor será que regresemos a Toronda y que Toronda siga viviendo en la miseria en que ha vivido hasta ahora.

—Mi querido barón, está usted completamente equivocado. Si no cree en los milagros prepárese a creer en ellos—dijo Gresham haciendo sonar un timbre y diciendo a través del dictáfono:—Que pase la princesa.

El barón miró asombrado a Gresham al escuchar aquella orden y volvió sus ojos hacia la puerta que acababa de abrirse. Sus ojos no creían lo que estaban viendo: la princesa avanzaba hacia ellos sonriendo con aquella dulce sonrisa que era la mejor gala de su expresión.

—¡Princesa!—exclamó el barón haciendo una profunda reverencia—. Su alteza ha hecho mal en salir de sus habitaciones... El médico ha asegurado que cualquier imprudencia podía ser peligrosa... Os suplico que volváis a la cama inmediatamente... os lo suplico en

nombre de vuestro padre que os ha confiado a mi tutela.

Nancy no replicó. Esperaba que Gresham hablara para convencer al barón de que ella no era más que una fingida princesa. Miraba al barón y sonreía suavemente.

—¿Reconoce usted a su alteza? —preguntó Gresham al barón.

—¿Que si le conozco!... ¿Cómo puede usted preguntarme esto? —dijo el barón, casi ofendido por aquella pregunta.

—Mi querido barón, haga el favor de mirarla con más detenimiento y dígame si la reconoce.

El barón se acercó más a Nancy y entonces se dió cuenta de que no era Catalina Teodora Margarita de Toronda, es decir, de que no era Sísí, la encantadora Sísí, pero que podía dar perfectamente el truco a todos cuantos, no habiendo visto de la princesa más que algunas fotografías publicadas en periódicos y revistas, la vieran por primera vez, ya que él, a dos metros de distancia, había confundido a aquella muchacha con la verdadera princesa.

—¿Cómo! —exclamó frotándose los ojos—. ¿Sueño? ¿Desvarío? ¿Será la fiebre? ¿Se me habrán contagiado las paperas de su alteza y ellas son las que me hacen ver visiones? Esa dama que está

ante mí no es su alteza serenísima la princesa Catalina Teodora Margarita María... pero casi podría decir que es ella misma... ¿Cómo ha sido esto?

—Es que he encontrado lo que buscaba, mi querido barón. Le presento a su alteza serenísima la princesa de Toronda... Princesa por un mes. ¿Qué le parece mi hallazgo?

—¡Magnífico! ¡Es su mismo retrato! ¡Ni que fueran mellizas! Si me parece imposible que no sea la misma Sísí! Pero... ¿usted cree que podremos mantener el juego durante un mes?

—Mi querido barón, sin princesas no hay empréstito y Toronda necesita los cincuenta millones si no quiere ver perecer de hambre a todos sus súbditos. Estamos en el baile y hay que bailar...

—Pero yo no tengo ganas de baile. No admito el juego. No quiero ser cómplice de este engaño.

—Repórtese usted, barón —dijo Nancy, comenzando su papel y hablando al barón con una altivez digna de una princesa de sangre.

El barón la miró asombrado y se inclinó ante ella. Le costaba trabajo creer que no estaba delante de la verdadera princesa de Toronda.

Nancy sonrió, le tendió la mano.

y le dijo inclinando graciosamente la cabecita lúnguida:

—¿Por qué no vamos a bailar, si estamos en el baile? ¿Cree usted que a mí me gusta el engaño?... No, no me gusta... Pero, ¿quién se resiste a ser princesa por un mes? ¿Qué actriz se negaría a aceptar este papel? ¿Qué actriz rehusaría esos diez mil dólares en esta terrible época de crisis teatral? ¡Diez mil dólares!... Y permítame que les diga en confianza, a usted sobre todo, míster Gresham, que también lo hubiera hecho por nueve mil... No es usted un buen financiero.

—Bueno, bueno, bueno, déjese de bromas —dijo Gresham de mal talante, pero reportándose en seguida, se inclinó y dijo a la muchacha: —Alteza, será preciso que su alteza ensaye el papel antes de presentarse en público y que nosotros no olvidemos por un momento que es usted su alteza la princesa Catalina y todos los nombrecitos más. —Por qué en Toronda pondrán esos nombres tan largos?

—Eso digo yo —añadió Nancy—. Me va a costar mucho trabajo aprenderme este nombre y decirlo con soltura.

—Vamos a probar.

—Soy la princesa Catalina Teodora Margarita María de Toron-

da —dijo Nancy, que tenía buena memoria y que quería aprenderse bien su parte.

—No, no, no, no es así... Pronuncia usted demasiado bien el inglés para ser extranjera. Esfuércece en pronunciar defectuosamente. Además no se dice nunca "soy", sino "somos", ¿ha entendido usted? Una princesa no habla nunca en singular. Repítalo otra vez —dijo el barón que comenzaba a tomarse en serio la comedia que Gresham había preparado.

—Somos la princesa Catalina Teodora Margarita María de Toronda —repitió Nancy, esforzándose en mejorar sus maneras.

—Va un poquito mejor, pero el acento todavía no es lo bastante imperfecto para ser perfecto.

Nancy lo repitió y lo repitió hasta conseguir que su acento estuviera lo bastante extranjerizado para que se asemejase al de la princesa. Todos la habían oido hablar por radio el día de su llegada y todos sabían que la princesa pronunciaba el inglés defectuosamente. Por fin logró dominar la defectuosa pronunciación.

—Muy bien! —exclamó el barón satisfecho—. ¿Quién fué su abuelo?

—Bill Lane; todos le llamaban el Gordo, porque estaba obeso—

contestó Nancy olvidándose de que hacía el papel de princesa y creyendo que el barón se interesaba por su parentela.

—¡Qué Bill ni qué Gordo!—gritó fuera de sí el barón—. Se trata del abuelo de la princesa de Toronda, no del abuelo de una muchacha desconocida que se ha de olvidar a sí misma. Su abuelo fué Anatolio XI.

—Anatolio XI—repitió Nancy con buena voluntad, ansiosa de aprenderse bien la lección.

—¿Y su bisabuelo?

—Anatolio XII—contestó Nancy con aplomo.

—¡Oh, no, no! ¿No ve que eso no puede ser? Ha de ser uno menos.

—¡Es verdad!... Perdone... Estoy tan aturdida... Mi bisabuelo fué Anatolio X.

—¿Y su tatarabuelo?

—Anatolio... IX.

—Eso es, muy bien. ¿Y su retatarabuelo?

—Anatolio VIII.

—¡No, no, no, no!... Fue Wenceslao VI.

—¡Adiós mi dinero! ¡Esto lo estropea todo! ¿Por qué no habían de llamarse Anatolios todos los reyes de Toronda?—dijo Nancy poniendo una carita muy preocupada.

Gresham, que estaba mirando la prensa de la mañana, dió un grito de júbilo.

—¡Magnífico!—dijo, mostrando los diarios al barón y a la princesa postiza—. Todos hablan de la llegada de la princesa, todos hacen elogios de ella. Esto es una magnífica propaganda para nuestro empréstito.

—¿A ver? ¿A ver?—dijo Nancy con curiosidad muy femenina.

Tomó uno de los diarios y contempló en primera plana un retrato de la princesa. Tan sugestionada estaba ya con su papel que no pudo retener una exclamación:

—¡Qué bonita estoy!

—No olvide que no es usted—corrigió el barón, ofendido de que aquella plebeya se apropiara de manera tan absoluta del papel de la princesa.

—¡Ciento!... ¡Lo había olvidado!... ¡Me parezco tanto! —dijo Nancy mirando de reojo al viejo barón para complacerse en su indignación.

—¡Tanto!... ¡Tanto!... Estoy seguro de que su majestad no la confundiría con su hija...

—¡Quién sabe!—replicó Nancy, que no era tan tímida como habían imaginado Gresham y el barón al principio de conocerla.

Gresham dió un nuevo bufido,

pero esta vez no fué de júbilo, sino de rabia. Acababa de leer el artículo de Madison III, en el que se hacía propaganda contra la emisión de los bonos de Toronda.

—¿Conque soy un lobo, eh?... ¡Bandido!... ¡Me las va a pagar!...

¡Le aplastaré las narices!... ¡Voy a hacerle picadillo!

—¿Qué pasa?—preguntó Nancy sin comprender el enojo de Gresham.

—No quedarán de él ni los huesos... ni la ceniza, porque la aventure en el aire.

—No será tanto... ¿Qué le han hecho?—repitió Nancy mirando asombrada a Gresham.

—Mi sombrero; quiero mi sombrero... ¡Llamaré lobo a mí!... ¡Lobo!

—Peor sería que le hubieran llamado cuervo—arguyó Nancy tratando de calmar al banquero.

—Es capaz hasta de llamaré eso... ¡Mi sombrero! ¡Pronto, mi sombrero para que vaya a aplastarle!

—¿Le aplastará con su sombrero?—preguntó Nancy con ingenuidad.

—No... —sonrió Gresham por

cuyo cerebro había cruzado una idea diabólica—. No, lo voy a aplastar con una sonrisa...

—¿...?—(fueron los ojos de Nancy los que hicieron aquellas admiraciones y aquellas interrogaciones).

—Sí, con una sonrisa; pero no con la mía, sino con la de usted... Yo la he contratado para *timar* a los americanos, ¿no es verdad?

—Verdad es.

—Pues bien, al primero que ha de timar es a Porter Madison.

—¿Qué le he de timar?... ¿Es joven?... ¿Es guapo?

—Eso no tiene importancia. Usted conquístelo y yo le daré cinco mil dólares más.

—Está bien, le conquistaré... Pero le advierto que también lo hubiera hecho por cuatro mil... y si es joven y guapo hasta le hubiera hecho una nueva rebajita hasta los dos mil—dijo Nancy con una picardía que hizo sonreír al barón e incluso al banquero, aunque éste tenía pocas ganas de reír después de haber leído aquellas frases insultantes firmadas por el odiado Madison III.

IV

Porter Madison se paseaba a grandes pasos por su despacho mientras su socio le miraba con preocupación. Porter Madison tenía una carta en sus manos y leyó en voz alta, por cuarta o quinta vez, los mismos párrafos:

“Reitero a usted la invitación a la recepción de su alteza real la princesa Catalina Teodora Margarita María de Toronda. Sentiría mucho tener que manifestar a la princesa que usted no se atreve a venir...”

Porter Madison arrugó entre sus dedos nerviosos la carta y miró al viejo socio con una mirada de fuego:

—¡Que no me atrevo!... ¡Qué se ha creído ese imbécil?... ¡Que tengo miedo de él... o de esa princesa que nos quiere endosar como si fuéramos los americanos unos cándidos idiotas?

—¿Y qué va usted a hacer?

—Cuando me hablas de usted me pones más frenético.

—Y yo te hablo de usted cuando te veo enfadado, porque te tengo

más respeto—contestó el viejo con irónica brula.

—¡Déjame en paz!... ¡Qué quieres que haga?... Iré, iré a esa recepción. Ya veremos qué pasa.

—¡Huuuum!... No te dejes seducir por esa extranjera...

—¡Yo? ¡Crees que soy un niño recién nacido? ¡Déjarme seducir! ¡Ni que estuviera loco! Prepara una página para el periódico de mañana con muchas fotografías de la princesa, ridiculizándola cuanto puedas.

—Muy bien... Pero te repito que andes con cuidado... ¡Es que no hay muchos americanos que hacen exclusivamente un viaje a Europa sólo para ser recibidos por algún rey? ¡Es que no se dejan seducir por ellos, como si fueran gente superior?... Yo sólo te aviso... Tú haz lo que quieras.

Madison se encogió de hombros, despreciando aquel aviso que él juzgaba inútil, y fué a vestirse de etiqueta para acudir a la recepción de la princesa de Toronda.

Los salones del hotel donde es-

taba instalada la princesa resplandecían. La fiesta, preparada por el propio Gresham, que conocía a fondo todos los trucos para deslumbrar al público, prometía ser una de las de mayor efecto de la temporada y había acudido a ella todo Nueva York, es decir, todo el Nueva York sobresaliente en la política, las finanzas o el comercio, el trío aristocrático del país de la democracia. Todos se sentían orgullosos de haber sido invitados a una fiesta de tan elevada alcurnia y todos querían estrechar la mano de la princesa, de aquella muchachita que llevaba en sus venas una sangre azulada por muchas generaciones de nobleza y de historia.

El criado anunciaba a los que iban llegando y Nancy, con su papel muy bien estudiado, con una naturalidad digna de una actriz genial, iba recibiendo a sus invitados teniendo a su lado al barón, que se limitaba a hacer profundas reverencias, y a Gresham que le presentaba a los personajes más sobresalientes, a aquellos que tenían que garantizar, siendo los primeros en suscribirlo, el empréstito que se iba a lanzar en favor de Toronda.

Gresham sonrió cuando vió aparecer a Madison III, vestido con irreprochable elegancia, arquetipo

del dandy americano, vigoroso y fuerte, joven y lleno de vida.

Levemente tocó Gresham el brazo de Nancy para prevenirla de que había llegado aquel que el estaba interesado en fastidiar. Nancy comprendió, pero siguió en su postura gallarda, altiva sin orgullo, seria sin rigidez, amable sin rastrería. Y esperó a que Gresham, adelantándose hacia Porter Madison se lo presentara:

—Permitid, alteza, que os presente a uno de nuestros periodistas más distinguidos, Porter Madison, o Madison III, como se firma él, mostrando así que tiene ya un pasado glorioso, una aristocracia de la pluma, un abolengo de la literatura...

—¿Cómo está usted, Madison? —dijo la fingida princesa, alargándole la mano y sonriéndole con una sonrisa llena de simpatía y ternura.

—Alteza — murmuró Madison, deslumbrado por la belleza de la pequeña princesa, mientras se inclinaba y le besaba apenas la punta de los enguantados deditos.

—En Toronda conocemos mucho su periódico. Recuerdo perfectamente el nombre: “Star Express”... Su majestad lo lee todos los días... Recuerdo que una vez dijo algo de usted... Sí, estoy se-

gura de que pronunció su nombre... pero no sé lo que dijo... ¡Ah, sí, me parece recordar que comentó las campañas vehementes que hace usted en pro del pueblo!

—Gracias alteza...— murmuró Madison, no encontrando palabras para dirigir a aquella criatura encantadora que le hablaba con tanta naturalidad como si le hubiera conocido toda la vida.

—Si le molesta llamarme alteza, llámeme *ma'am*, como dicen ustedes, los americanos.

—*Ma'm?* — preguntó Madison, sonriendo ante la graciosa ocurrencia de la princesa.

—Sí, estoy cansada del título... Me gusta más ese familiar *ma'am* de los americanos. ¿No quiere llamarme *ma'm*?

—Si su alteza lo ordena, sí, *ma'm* — replicó Porter Madison, riéndose ya confianzudamente con aquella graciosa criatura, tan joven, tan bella, tan sencilla, tan natural.

—Si gusta acompañarme al champaña, se lo agradeceré—dijo Nancy, cogiéndose del brazo de Madison que se estaba bañando en agua de rosas al ver las distinciones de que era objeto delante mismo de Gresham.

—Tendré un gran honor, alteza...—dijo Madison, pero al ver

la mirada de reproche que la muchacha le daba, corrigió: — Sí, *ma'am*.

Y fueron al salón donde estaba dispuesto el champaña de honor con que la princesa iba a brindar por los americanos y los americanos por el brillante porvenir de la heredera del trono de Toronda. Gresham había dispuesto unas magníficas copas de cristal tallado que le costaban un dineral, para mostrar así a la aristocracia de Nueva York que un banquero sabía hacer con esplendidez las cosas. Nancy se quedó asombrada ante aquella riqueza, pero contuvo su asombro y, tomando su manita una de aquellas magníficas copas que eran verdaderas joyas, se limitó a decir:

—Bonita cristalería.

El barón levantó también la copa e indicó los brindis gritando con voz campamuda:

—Por vuestro ilustre y patriota padre Anatolio XII!

Todos alzaron las copas y bebieron. Entonces el barón hizo un expresivo gesto a Nancy para que arrojara la copa por encima de su hombro. Era una costumbre de Toronda no servirse de la misma copa en un champaña de honor y había que seguir los ritos de su país. Nancy hizo lo que el barón

le había explicado ya y lo que ahora le indicaba con el gesto. Todos hicieron lo mismo que la princesa.

Se llenaron nuevas copas y la fingida princesa dijo:

—Por mi ilustre y patriota abuelo Anatolio XI.

Volviéronse a vaciar las copas y fueron a aumentar el montón de cristalería rota que se formaba en torno a la mesa. Nuevas copas sustituyeron a las que se habían hecho trizas al chocar en el suelo y Nancy repitió las palabras del brindis:

—Por mi ilustre y patriota bisabuelo Anatolio X.

—¿No hay ya más Anatolios en Toronda? — preguntó Madison al oído de la princesa viendo que ésta no iniciaba un nuevo brindis.

—Seguramente... Tuvo que haber un Anatolio I sin duda alguna; pero lo que se han acabado son las copas — replicó riendo Nancy.

—¿Que no hay más copas? — preguntó Gresham, llegando en aquel momento y contemplando el montón de cristales desmenuzados en que se había convertido toda aquella riquísima cristalería que él había querido lucir en el champaña de honor de la princesa.

—No hay más copas... pero hay

que traer más porque Anatolio I podría ofenderse en su tumba si no brindábamos por él—afirmó Nancy, sintiendo que el champaña la había puesto decididamente optimista.

Madison miraba a la princesa encandilado por su gracia, su simpatía, su belleza y su naturalidad.

—¿Quiere que bailemos entre tanto? — preguntó Nancy ofreciendo su cuerpo a los brazos de Madison, tentándole con su mirada y su sonrisa, porque Nancy se acordaba de la promesa de Gresham de pagarle extra la conquista de aquel muchacho que le parecía fácil y que al fin y al cabo no le resultaba del todo desgradable porque Porter Madison era guapo, era joven y era simpático. Nancy pensaba que acaso hubiera hecho aquel trabajo gratuitamente. Tan agradable lo encontraba.

Madison tomó en sus brazos a la princesa, pero no se atrevía casi a tocarla. Bailaba a medio metro de distancia de ella y Nancy sentía unas ganas de reír que casi no podía dominar.

—¿Todos los americanos bailan tan mal como usted? — le preguntó con honda ironía.

—¿Por qué? — preguntó a su vez Madison, extrañado de la pregunta de la princesa, porque pre-

cisamente tenía fama entre sus amigas de ser un gran bailarín.

—Porque... ¿No podría acercarse un poquito más? —dijo Nancy, mirándole con una larga mirada provocativa.

Madison la estrechó fuertemente sobre su pecho y le dijo, excusándose:

—Perdone, alteza.

—¿De qué? —replicó la encantadora muchacha inclinada un poco la frente y rozándole los labios con su pelo sedoso y perfumado que turbó profundamente a Porter Madison.

—¡Oh, no haga caso!... Es usted admirable, *ma'am*.

—Tampoco es usted... ¿cómo dicen ustedes?... despreciable, ¿no es eso? Tampoco es usted despreciable —afirmó Nancy, acentuando mucho su mala pronunciación.

Madison la estrechó un poquito más y Nancy no protestó. Parecía que la princesita tenía temperamento y no quería ocultarlo. Madison la encontraba deliciosa. Casi toda la noche estuvo bailando con ella y, cuando el mayordomo comenzó a dar la señal de partida, Madison pensó que la dicha era demasiado fugaz. No le hubiera importado estar bailando eternamente con aquella criatura encantadora que le había hecho olvidar

en unas horas todos los rencores que había levantado en él el anuncio del empréstito que Gresham quería lanzar con la emisión de bonos de Toronda. Pero era preciso poner término a aquel sueño y volver a la realidad.

La princesa le acompañó hasta el *hall*. Madison era uno de los últimos invitados que partían y lo hacía con tal pesadumbre que forzosamente la princesa tenía que notar el efecto que su persona había producido en Madison III.

—¡Se terminó! —suspiró Nancy, apoyándose lúgicamente en una de las grandes columnas de mármol. —La dicha es tan pasajera!... Ahora tendré que volver a la etiqueta y a la seriedad... Todo el día entre señores viejos, entre rígidos sombreros de copa, entre gentes que no me ofrecen ninguna distracción...

—¿Sería mucho atrevimiento que me ofreciera yo a mostrarle la ciudad extra-oficialmente? —preguntó Madison, hundiendo su mirada en las pupilas turbadoras de la que él creía verdadera princesa.

—¡Sería encantador!... Me parece una idea excelente, Madison III... Y brindaremos a la salud de Madison II y Madison I, sin los cuales no hubiera yo tenido



La princesa Catalina Teodora Margarita María de Toronda llegaba a Nueva York.



La patrona le había dicho en muchas ocasiones que no podía tener gente que no le pagaba.



... dos caballeros la miraban y se hacían signos de inteligencia.



Pero los hombres la habían visto entrar y le coparon la salida.



Hicieron entrar a Nancy Lane que miraba con ojos asustados a todas partes.



—Por mi ilustre y patriota abuelo Anatolio X.



—¿No hay más Anatolios en Toronia?—preguntó Madison al oído de la princesa.



Madison quiso arrojarse sobre él como una fiera.



y tomaron el imperial de un autobús que llevaba a los barrios bajos de la ciudad.



—Puede besar también nuestros augustos labios.



—Pero... ¿acaso no pudo haber fingido el papel de princesa?—
sugirió el repórter.



Nancy comenzó a comer como si tuviera un apetito devorador.



—Tengo preparada una hermosa venganza... ¿Ve usted esto?



Sisé tomó el documento y lo entregó a su ministro.

PRINCESA POR UN MES



La princesa se puso en pie y pronunció breves palabras de despedida.



—Se ha portado usted como buena...

el placer de conocer al americano más simpático de Nueva York.

Porter Madison salió loco de felicidad del hotel de la princesa de Toronda. Creía haber alcanzado el cielo con los manos. Aquella mujercita no era lo que él se había imaginado.

Llegó a la redacción del "Star Express" loco de alegría y comenzó a revisar el número que esperaba su visto bueno para ser tirado. Cogió el ejemplar que le presentaba su socio y comenzó a leer la propaganda anti-principesca que él había ordenado. Se puso furioso.

—¡Cómo! —gritó, dando un puñetazo sobre la mesa. —¡Esto es una infamia! ¿Que la princesa de Toronda no sabe bailar bien? Es la mejor bailarina que he conocido. ¿Que viste con pésimo gusto? En todo Nueva York no hay una mujer tan elegante como ella. ¿Que tiene modales afectados? Es la naturalidad hecha criatura humana. ¡Esto es ridículo! ¡Escanaloso! ¡Insoportable! ¡Vulgar!

—Pero... ¿no dijo usted que hicieramos una campaña...?

—Entendiste mal, pésimamente mal. Esto que dice aquí es una grosería imperdonable. No se puede insultar a una chiquilla tan encantadora como la princesa de Toron-

da. ¡Es una injusticia incalificable! ¡Insultar a una princesa que viaja cuatro mil millas para honrarnos con su visita!...

—¡Ya te dije yo!... ¿Quieres enseñarme las rodillas? —dijo el viejo socio, mirando con burla a Madison.

—¿Para qué? — preguntó éste desconcertado.

—Para ver si te han salido callos... de tanto hacer adoración delante de ese ser excepcional.

—¡Qué gracioso!... Eso no puede publicarse. Hay que anularlo todo y decir la verdad, la pura verdad.

—Entonces encabezará la página así: "La princesa encandila a Madison III."

—Eres un idiota.

—Así... ¿no publico nada?

—Será lo mejor... Haz lo que quieras y déjame en paz.

Madison III no durmió aquella noche. Esperaba con impaciencia la hora de la cita con la princesa. Habían acordado que, terminadas las fiestas y los festejos oficiales, saldrían para Nueva York como dos simples ciudadanos. Porter Madison le había prometido llevarla en autobús y en el metro, y hacerla subir por los ascensores relámpagos de los rascacielos. Porter se prometía muy bellas jornadas.

das al lado de la encantadora princesa, aunque sabía bien que pocos días conseguiría robarla a los actos oficiales que se habían preparado en su honor. Pero por eso mismo, porque serían tan breves los momentos que pudieran pasar juntos, serían mucho más sabrosos.

Al día siguiente, a la hora señalada, vestido con irreprochable elegancia para no desentonar al lado de la compañera, fué a buscar a la princesa. Se había vestido un traje de calle que le daba una silueta muy americana. Porter pensó que si no fuera por el acento hubiera podido pasar tranquilamente por una perfecta neoyorquina. Se cogieron del brazo como dos antiguos amigos, pasearon a pie por algunas avenidas centrales y luego tomaron el imperial de un autobús que llevaba a los barrios extremos de la ciudad, los barrios pobres, por los que la princesa parecía interesarse principalmente.

Nancy, que representaba su papel con una maravillosa naturalidad, fingía admirarse por todo cuanto Madison le iba mostrando.

—¡Cuánto me gusta su ciudad! Aquí todo el mundo vive bien... hasta los pobres.

—Sí, todas las casas tienen co-

modidades, hasta las del más humilde obrero, y todo se debe a las campañas que ha hecho mi periódico — dijo Madison, queriendo congratularse con la princesa.

La fingida princesa puso una carita un poco compungida y preguntó, mirando a Porter Madison con aquellos ojos húmedos y bellos que tanto le cautivaban:

—Si es así... ¿por qué, pues, su periódico hace esa campaña injusta contra mi empréstito?

—Por qué relaciona la campaña contra el empréstito con la campaña a favor del mejoramiento social del obrero?

—Porque si mi país necesita dinero es precisamente para mejorar las condiciones sociales de sus hogares, para que no les falte nada de lo que tienen las clases acomodadas.

Porter Madison prometió no seguir con aquella campaña, sino al contrario, hacer una a favor del empréstito, que sería mucho más convincente cuanto que hasta entonces el "Star Express" no había engañado nunca al pueblo y el pueblo confiaría en él. En aquel momento pasaban ante el bar automático donde los detectives la habían descubierto y habían encontrado en ella el suficiente parecido para que pudiera pasar por la

princesa de Toronda. Mostrando el rótulo del establecimiento preguntó a Porter Madison con el asombro y la curiosidad más naturales:

—¿Qué quiere decir "automático"?

—¡Oh, alteza, eso es un restaurante para pobres!... ¡No es digno de vuestra atención! Aquí se echan unas monedas de níquel y sale automáticamente el plato que se ha elegido.

—¡Qué interesante!... Parece cosa de maravilla... Echar unos céntimos y obtener comida como si fuese de milagro... —dijo Nancy, como si por primera vez en su vida oyera hablar de un bar automático.

Subieron, como se lo había prometido, a un rascacielos. Fingió sentir una gran emoción al tomar el ascensor expreso el rápido impulso para subir de un solo golpe sesenta pisos. Madison la tranquilizó y aprovechó el momento para abrazarla, por temor a que fuera a desmayarse, como solía ocurrir a muchos extranjeros. Cuando se asomaron a la terraza del rascacielos, Nancy dió un hondo suspiro:

—Vista así parece una ciudad de maravilla... ¡He soñado tantas veces en ese país!

—¿Qué país?

—El de las maravillas... Donde hay estrellas arriba y abajo... como aquí. ¡No le parecen también estrellas de la noche los millares de lucecitas que titilan en las ventanas? Estamos flotando en el aire, rodeados de luz, de una luz que apenas tiene fuerza para alumbrarnos, pero que tiene tanto caudal de ensueño que nos permite ver las cosas más maravillosas que pueda idear nuestra imaginación. ¡Me gusta mucho, mucho Nueva York! Es muy bonita.

—Eso es lo que precisamente dice Nueva York de usted, *ma'am*: que es usted muy bonita.

—Lo dice Nueva York... o lo dice usted? — preguntó Nancy, clavando sus ojos en los de Madison.

—Acaso no tengo el derecho de decirlo? — preguntó Madison, intentando estrecharle la mano.

Nancy se acordó de que no era una simple mortal, sino una gran princesa, y recuperando el dominio de sí misma que la noche y el romanticismo de la hora habían estado a punto de hacerle perder, le tendió con un gesto elegante la mano y le dijo con solemnidad:

—Le damos el derecho a decirlo... y se lo agradecemos.

Porter Madison comprendió que había querido ir demasiado lejos,

que olvidaba con demasiada facilidad que estaba hablando con una princesa y que era preciso guardar siempre la distancia que se abría entre ellos dos. Besó la punta de los dedos de la princesa y sintió que su corazón estaba ya hecho prisionero por aquella mujer deliciosa e inalcanzable.

Se dió cuenta Nancy de la turbación del joven y le dijo, sonriéndole de nuevo para hacerle olvidar la lección que acababa de darle:

—Le repito que me gusta mucho Nueva York... y los neoyorquinos.

—¿De veras?

—En Toronda decimos siempre lo que sentimos y sentimos siempre lo que decimos.

—¿Me permitirá mañana que la acompañe a un restaurante económico, como usted deseaba?

—Se lo permitiremos y se lo agradeceremos. Hasta mañana, Madison III.

—Hasta mañana, alteza.

—¿Alteza?—preguntó con acento de reproche Nancy.

—Hasta mañana, *ma'am*.

Al día siguiente fueron al restaurante económico. Nancy conocía bien aquel lugar, porque cuando trabajaba dejaba el automático para ir a comer allí, como una princesa. Ahora sabía que las

verdaderas princesas encontraban aquel lugar demócrata, indigno de su realeza, detestable su comida y abominable el servicio. Había tenido el capricho de ir allá con Madison para encontrarse más libre y más unida a él al hallarse en un ambiente más propicio. Comieron y bebieron bastante. Nancy se interesaba demasiado por Porter Madison y Porter Madison se sentía completamente atraído por aquella deliciosa princesa.

—Cada día que pasa me gusta más—le dijo, animado por el sabroso vinillo que les habían dado.

—Nunca pensé que una princesa fuese como usted.

—Y yo nunca pensé que una princesa pudiera ser tan feliz...—murmuró Nancy en un suave suspiro.

—¿No siente la nostalgia de su país?—preguntó Porter.

—A veces... El *trava* es precioso en primavera, y ahora debe estar encantador—dijo Nancy mirando a lo lejos como si evocara las landas de su lejano país.

—Esta primavera está más bella Nueva York, porque usted está en ella.

—No; todas las primaveras son bellísimas en nuestro *trava*... El *trava* es el campo, ¿no dicen ustedes *campo*?

PRINCESA POR UN MES

—Sí, campo; hace usted muchos progresos en nuestro idioma.

—¿Le gusta a usted el campo?

—Me gusta, sobre todo, la caza.

—Y a usted?

—Sí, también me gusta la caza... Muchas veces he ido a la caza de tra... sí, eso es, de trabajo...

—No la entiendo...

—Trabajo es un animal muy raro, muy raro en Norte América. En nuestros campos hay abundancia de él—contestó Nancy, riéndose de buena gana al ver la cara de asombro que ponía Madison.

—¿De qué se ríe?

—Me acuerdo de que una vez... hace muy poco tiempo... iba yo de caza—dijo Nancy, riéndose a carcajadas.—Iba de caza... y salí cazada.

—¡Oh! ¿Es posible? ¿Cómo fué eso?

—No se lo puedo explicar... Pero usted, usted es un muchacho rico, fuerte, lleno de vida y salud... En mi país estaría ya casado y tendría siete hijos.

—No pienso casarme—murmuró Madison, bajando la cabeza con pesadumbre.

—¿Por qué?—preguntó Nancy, queriendo hacerle confesar su secreto.

—No se lo puedo explicar...

—¿Algún desengaño amoroso?

—insistió Nancy con esa insistencia tan femenina que lleva hasta la indiscreción.

—Todavía no—replicó Madison, mirándola con fijeza y subrayando mucho sus palabras.

—¡Oh, comprendo!... Madison, no soy yo quien le atrae, sino mi título. Sí, sí, no intente protestar. Si usted supiera que soy una pobre muchacha, una infeliz ciudadana sin trabajo y sin hogar, no se hubiera fijado ni tanto así en mí.

—No sé, alteza... No me la puedo imaginar siendo una muchacha sin relieve social... Sólo sé que la amo... Es algo más fuerte que yo... No puedo evitarlo—confesó Madison con vehemencia.

—Siento mucho que ese sueño sea irrealizable!—suspiró Nancy.

—Irrealizable por el abismo que nos separa... o porque ama a otro de su alcurnia?

—No amo a otro... No hay un otro en mi vida—afirmó Nancy. Y en aquel momento se dió cuenta de que en una de las mesas vecinas estaba Donald, el actorcillo al que le había pedido había pocos días trabajo en su compañía. Nancy, con un gesto altivo, separó la vista de él y no respondió a su saludo.

—¿Qué se habrá creído esa mo-

cosa?—dijo Donald a sus compañeros al ver la altivez con que la chiquilla había desdenado su saludo.—¡Eh, nena! ¡Hola!—le gritó con desenfado.

—Está un poquito *alegre*—dijo Nancy, despreciando aquellos gritos.—¿No le parece?

—Pues que se prepare, que yo voy a ponerle triste—dijo Madison, aprestándose a cruzar la cara a aquél hombre que se atrevía a insultar a la princesa.

Donald, ofendido por la actitud de Nancy, se acercó a ella y le dijo a la cara, queriendo hacerle todo el daño posible:

—Tienes otro *papá*, ¿eh?—y señaló a Madison que se arrojó sobre él como una fiera, queriendo defender el honor mancillado de la princesa.

Los camareros les separaron. No querían escándalos en el establecimiento. Nancy, asustada, temiendo perder su dinero si se descubría la verdad antes de tiempo, cogió del brazo a Madison y le obligó a escapar corriendo. Cuando ya estuvieron en el interior de un taxi, Madison, que tenía el ojo hinchado, le dijo:

—Perdonad, alteza, no debí traerla aquí...

—No fué culpa suya... Me empeñé yo... Lo siento por usted...

Pero si quiere que le sea franca me gusta más ahora que le he visto tan bravo, tan decidido a defendarme.

—La defendería siempre, aunque tuviera que dar mi vida—dijo Madison con profundo convencimiento.

Nancy le miró con agradecimiento y con emoción. Tomó su pañuelito de fina batista y le enjugó el ojo amoratado, diciéndole con infinita ternura:

—¡Qué lástima!... ¡Pobrecito, lo ha sufrido por mi culpa!...

Madison vió muy cerca suyo aquellos labios frescos y rojos que invitaban a la caricia, vió aquellos ojos húmedos, brillantes, hermosos, que le miraban con cálido agradecimiento y, no pudiendo resistir el impulso de sus sentidos, la tomó en sus brazos y la besó en los labios.

Nancy reaccionó y le dió un bofetón a Madison, imponiéndole el respeto que le había perdido.

—Perdóname...—murmuró avergonzado.—No debí hacerlo. He hecho mal...

—Sí—replicó secamente Nancy, adoptando sus aires de princesa.

—Todo lo hago mal.

—No hay duda—replicó Nancy.

Madison bajó del auto y acompañó a Nancy hasta la puerta del

hotel. Estaba tan avergonzado que no se atrevía a levantar hasta ella los ojos. Le saludó con una profunda inclinación y le dijo:

—Buenas noches, alteza.

—Buenas noches, Madison—dijo la princesa, alargándole la mano con camaradería.

—¡Alteza!—exclamó Madison, asombrado de que le hubiera pasado el enojo y sin atreverse a coger la manita deliciosa de la princesa.

—Puede besar nuestra augusta mano—dijo Nancy, acercándose a

los labios sus dedos finos.

—¡Alteza!—exclamó de nuevo Madison, cogiendo aquella mano y besándola con un beso cálido y apasionado.

—Puede besar también nuestros labios—dijo Nancy, ofreciéndole los suyos bellos y tentadores.

En la sombra encubridora de la noche se besaron con un beso de amantes, y Nancy corrió a esconder su dicha deliciosa, toda llena de la divina turbación del amor que despertaba en su pecho y que la hacía infinitamente feliz.

V

Los reporteros periodísticos corrían siempre a caza de noticias nuevas y sensacionales que llevar a la redacción y que fueran el asombro de los lectores de su periódico, teniendo la gloria de ser ellos los primeros en dar tal o cual determinada noticia.

Uno de los más activos reporteros era el del "Star Express" que no dejaba rincón sin recorrer todos los días en busca de la noticia

sensacional. Claro está que donde acudía con más constancia era a la Jefatura de Policía en donde había probabilidades de descubrir algún crimen pasional que eran los que más interés despertaban en el público. Ya le conocían los que hacían guardia en la Jefatura y siempre le gastaban bromas y cuchufletas de las que él prescindía con optimismo y con campechana paciencia.

—¿Hay algo nuevo?—preguntó aquella noche, como preguntaba todas las noches del año.

—Nada... una sencilla pelea en un restaurante barato.

—No me interesa... Lo que yo quiero es algo sensacional. Un asesinato...

—¿De un reporter?—preguntó el guardia con ironía.

—Aunque sea de un reporter, mientras el reporter no sea yo. Hay que dar noticias nuevas, como aquella de una mujer que estranguló a sus ocho esposos con la piel de los otros.

—¡Atiza! ¡Y cuándo fué ese crimen?

—Fué en el siglo XVI.

—¡Noticia fresca! Escuche la declaración del que viene a denunciar la pelea de que le hablaba. Es la única cosa que merece atención en el día de hoy.

—¡Ah! En nuestros tiempos no ocurre nada interesante: ni una mujercita despedazada, ni un niño desaparecido... ¡Es muy aburrido hacer de periodista en estos tiempos!

El que denunciaba la pelea no era otro que Donald que, indignado por el desprecio de la comiquilla y por el ataque de su amigo, venía a presentar su queja a fin de fastidiar a uno y a otra con

la denuncia. No estaba él dispuesto a sufrir desplantes de aquella naturaleza ni golpes en público que le ponían en ridículo y que podían robarle el cartel que tenía entre el público de su teatro.

—A él no le conozco —dijo, cuando le interrogaron—, pero conozco a su acompañante y se la puede detener a ella mientras no se encuentra al autor del atentado.

—Vamos allá—dijo el policía.

El periodista, no teniendo nada mejor que hacer, les siguió. Marcharon todos a la casa en donde Nancy Lane tenía alquilada una habitación, pero pocos detalles pudo dar la patrona. Les dijo que hacía días había desaparecido de modo misterioso, sin llevarse ninguno de sus enseres, y que no había dado señales de vida. Ella estaba convencida de que había muerto. Pero ya que los señores afirmaban que la habían visto en un restaurante, no sabía qué era lo que le podía haber pasado. En total, que todo lo que pudieron obtener como dato complementario de aquella desaparición fué un retrato de Nancy Lane con el cual aca- so pudieran hallar a la joven desaparecida.

El reportero no quiso nada más. Se apropió del retrato y marchó a escape a la redacción, se lanzó a

la imprenta, hizo un pequeño reportaje contando el misterioso suceso de la desaparición de una bellísima actriz, puso el retrato bajo grandes títulos que contaban brevemente lo ocurrido y se quedó tan satisfecho de aquella hazaña que había de traer serias complicaciones.

A la mañana siguiente la ciudad estaba invadida de periódicos que llevaban el retrato de Nancy Lane y contaban su extraña desaparición. Gresham se puso furioso cuando lo vió. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Estaba desolado. Llamó a la fingida princesa, puso ante ella su retrato y la recriminó severamente. Aquello podía deshacer todo su proyecto, podía destruir todas sus maniobras, podía arruinar a Toronda y al propio Gresham, cuya rehabilitación ya no sería posible.

—Pero por qué fué allí?—le preguntó, fuera de tino.

—¿No me dijo usted que al primero que tenía que conquistar en Nueva York era a Porter Madison?—replicó Nancy, como disculpa.

—Sí... pero no en serio. Espero que no habrá hecho la tontería de enamorarse de él.

Nancy se mordió los labios y

contestó alzando la frente con un gesto altivo:

—¡De ningún modo!

—Así lo espero... —murmuró Gresham, mirando a Nancy con desconfianza.—Si Madison se entera de mi plan estoy arruinado... Es preciso que usted no diga ni una palabra.

—Prometo no decir nada y le aseguro que no fué culpa mía lo que pasó. Si usted sigue desconfiando de mí hemos concluído.

—¡Concluído!... ¿Pero es que usted quiere estropearlo todo? ¿Qué sucedería si se descubriera que la princesa de Toronda no es más que la insignificante Nancy Lane?

—Descuide.. yo me encargaré de que no se descubra—dijo Nancy, por cuyo cerebro acababa de cruzar una idea.

—En eso confío.

Gresham la dejó sola y se fué a pasear su mal humor, masticando aquel puro que parecía ser ya una cosa habitual en sus labios.

En la redacción del "Star Express" Madison revisaba algunos originales para el próximo número que le había presentado su viejo socio que, al entrar y verle con el ojo amoratado, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada... no ha sido nada... un

golpe contra una puerta—replicó Porter, no queriendo entrar en explicaciones.

—¿Estaba abierta... o cerrada? —preguntó el viejo que, con sus años de experiencia, sabía bien lo que eran aquellos golpes.

—No te importa... Déjame este original... Ya te he dicho que antes de atacar a los bonos del empréstito de Toronda había que investigar si eran válidos. No podemos atacar sin conocimiento de causa. Toronda merece toda nuestra atención.

—¿Te has olvidado ya de los lobos de Wall Street?

—No, pero Toronda merece ese empréstito... Toronda es un país que merece toda nuestra estima—dijo Madison, entornando los ojos y hablando como si hablara de un bello recuerdo.

—¿Has estado en Toronda?—preguntó el viejo mirando con burla a Madison.

—Toronda es un bello país... El traba, en primavera, tiene todos los encantos de la naturaleza...

—¡Huuuum!... Ya que los lobos se han vuelto corderos, ¿qué quieres que pongamos en primera página? ¿Quieres que escriba algo sobre los pajarillos del bosque, el murmullo de las aguas y el aleteo de las mariposas?

Madison le miró con ira y nada contestó porque en aquel momento entraba un reporter, con un diario en la mano y, mostrándoselo a Madison, le dijo:

—¿Qué le parece? Es el reportaje más sensacional del año. ¡Una bellísima muchacha desaparecida misteriosamente!

Porter Madison tomó el diario, vió el retrato de Nancy y dió una exclamación casi dolorosa:

—¡Imposible!... ¡Imposible! —dijo, creyendo que era víctima de una pesadilla.

—¿Por qué imposible?

—Eso no es más que una broma. —Es una realidad, Madison—afirmó el reporter.

—No puede ser... He cenado con ella... he paseado con ella... he bailado con ella... la he... ¡no, no puede ser! Esta es la princesa y la princesa no ha desaparecido.

—Pero... ¿acaso no pudo haber fingido el papel de princesa?—sugirió el reporter.

Madison dió un formidable puñetazo sobre la mesa. El reporter tenía razón. Pero todos los periódicos habían hablado de la llegada de la princesa de Toronda, todos la habían oido hablar a través de la radio... ¡Aquello era una pesadilla, no podía ser verdad!

—Si fuera verdad—exclamó con

cólera —, si esa muchacha fuera una impostora, no repararía en mandarla a la cárcel... ¡Es una infamia imperdonable!

Entró en aquel momento un ordenanza y anunció con misterio:

—Está ahí...

—¿Quién está ahí? —preguntó Madison con un grito que parecía un rugido.

—Nancy Lane, la muchacha perdida.

—¡Que pase! —gritaron a un tiempo el reporter y Madison.

Nancy Lane, vestida con su vestidito sastre pobre y pasado de moda, con su aire de chiquilla neoyorquina, con su peinado sencillo recogido en dos moños que le tapaban las orejas, mascando chiclet y caminando con un aire de cesante, entró y dijo con una voz y un acento netamente neoyorquino, en ese argot que sólo en los barrios bajos de la ciudad se usa y que ningún extranjero, si no vive muchos años entre ellos, no llega nunca a dominar:

—Me han dicho que me llaman, que me buscan. ¿Qué quieren de mí?

Madison y el reporter se miraron. Aquella chiquilla era la del retrato, pero no era la princesa. Su voz, sus modales, su actitud, demostraban claramente que era

una chica del pueblo y que nunca, por mucho que ella quisiera, podría representar un doble papel. Estaban los dos desconcertados. Nancy, mirando la cara de asombro de aquellos dos hombres, les preguntó, sin dejar de masticar la goma:

—¿Es que me parezco a algún fantasma?

—No... —contestó Madison — pero me recuerda usted mucho, mucho a alguien a quien conozco. Pase... Siéntese... ¿De dónde viene?

—Del metro. No tenía dinero y en el subterráneo se está caliente... ¡Ah, qué olor tan agradable!—exclamó, acercando su nariz a los platos del almuerzo que acababan de servir a Madison.

—¿Tiene hambre?—le preguntó éste, compadecido de la miseria que emanaba de toda la persona de la muchacha.

—Sí... no tengo ni siquiera para ir a un automático — respondió Nancy, volviendo a oler la comida.

—Puede usted sentarse y comer lo que quiera... Sírvase usted misma—la invitó Madison sin dejar de mirarla.

Nancy comenzó a comer como si verdaderamente tuviera un apetito devorador. Su forma de tomar la cuchara, de revolver la sopa, de soplar en ella para que se

enfriara, era tan grosera, tan burda, que Madison sonreía al pensar que por un momento la había confundido con la princesa, con aquella muchacha tan fina y delicada a la que había visto comer con el gesto más sobrio y distinguido. Con tanto afán comía que Madison la advirtió:

—No coma tan de prisa que le va a hacer daño.

Nancy no respondió y le miró de soslayo, temerosa de que pudiera reconocerle aun con aquellas maneras que usaba.

—¿Hace mucho tiempo que no come?—le preguntó Madison, mirando al reporter y haciendo gestos triunfales al mostrarle que aquella mujer tan ordinaria no podía ser en modo alguno la princesa.

—Hace tiempo que no como cosas tan exquisitas como éstas. No tengo parné para pagarme esos lujos.

—Pues yo le puedo dar una bonita suma si usted nos da la exclusiva del reportaje de su desaparición y hallazgo.

—¿Cuánto me paga?—preguntó Nancy, mientras despedazaba entre dedos y dientes una magnífica pata de pollo.

—Le daré quinientos dólares. Pero dígame qué hará con el dine-

ro... Temo que no se lo vaya a gastar por esas tabernas inmundas.

No, señor; volveré a la granja de mi padre de la que no debí salir nunca—murmuró Nancy con un acento de verdad y con tan honda melancolía que asombró a Madison.

—Es usted una muchacha muy razonable. Tome, aquí está el dinero. En la granja de su padre no le faltará nunca comida, como en la ciudad. ¿Sabe usted lo que ha ocurrido aquí? Que este muchacho —dijo Madison, señalando al reporter—que tiene una gran fantasía, la tomó a usted por una princesa...

—Por quién?—preguntó Nancy, fingiendo no haber entendido.

—Nada, no se preocupe; ahora ya se ha convencido de que no es la misma... Tome, tome el dinero y que no encuentre novedad en la granja de su padre.

—Muchas gracias... no sé qué decirle... Ya le escribiré una postal cuando llegue —murmuró la muchacha, secándose los labios con el dorso de la mano y marchándose con aquel paso desmadejado que mostraba bien a las claras que no era más que una mujer del arroyo.

—Lo han visto?—exclamó Madison, cuando la muchacha hubo desaparecido. — Se necesita estar

ciego para confundirla con una princesa.

—¡Esta es la muchacha del retrato y juro que es la misma a la que usted toma por princesa! ¡Voy a hacer el reportaje más sensacional del año!

—Si es así le nombro director, le cedo mi oficina y me retiro para siempre del periodismo.

A la hora del té Madison acudió al hotel de la princesa respondiendo a la cita que se habían dado la noche anterior. Nancy se había esmerado aún más en el arreglo de su persona para que no pudiera quedar huella ninguna de semejanza con la muchacha que había visitado la redacción del "Star Express". Porter Madison la miró sorprendido de que, en efecto, fueran tan parecidas las dos mujeres. Sólo los modales, el porte y el modo de hablar se diferenciaban en una y otra. Se acercó a la que él creía princesa y se inclinó profundamente. Nancy le ofreció sus labios, diciéndole con una sonrisa apasionada:

—Puede besar nuestra mano...

Se besaron en los labios como dos novios y Madison sintió que su situación se hacía cada vez más difícil en el trato con aquella mujer de tan elevada alcurnia de la que sólo podía esperar algún favor

pasajero, pero no un amor definitivo, porque todo les separaba irremisiblemente.

Sentándose junto a ella, porque Madison no tenía fuerzas para abandonar por voluntad propia aquel juego peligroso, le dijo:

—Esta mañana ha estado en la redacción una muchacha, y un reporter creyó que era usted misma, tan grande era el parecido físico entre ambas.

—¿Es posible?... Sí, he oído contar algunos casos parecidos a éste. Dicen que todos tenemos en la vida a nuestro doble... Esa muchacha debe ser el mío... ¿Y qué quería?

—Oh, nada, nada, no tiene importancia! —murmuró Madison que no quería entrar en detalles.

Vinieron a interrumpirles el barón y un desconocido, vestido con uniforme militar, feo, espantosamente ridículo, que avanzó hasta la princesa hablándole en un idioma que Nancy era incapaz de comprender. Lo único que entendía es que cada dos o tres palabras pronunciaba el nombre de Sisí. Nancy sabía que a ella—es decir, a la princesa—, se la llamaba Sisí en la intimidad. ¿Quién podía ser aquel hombre que la trataba con tanta familiaridad? ¿Qué nueva complicación iba a surgir en la difícil comedia que estaba represen-

tando y en la que ya había tomado parte su corazón?

—Alteza, el príncipe Nicolás lamenta mucho vuestra ausencia y ha venido a reunirse a vos.

—¿Reunirse a mí? — preguntó Nancy sin comprender quién pudiera ser aquel hombre que seguía hablándole en torondense, idioma que ni ella ni nadie eran capaces de comprender.

—No puede extrañaros, alteza, que vuestro prometido sienta deseos de reunirse a vos—dijo el barón, mirando expresivamente a Nancy.

En seguida comprendió la muchacha lo que ocurría y sintió una ola de ira invadirle el rostro. ¿Para qué venía aquel idiota a turbar el más bello idilio de su vida? ¿Qué le iba a contestar, si no podía hablar su idioma ni entendía lo que él le decía? Nancy, que tenía la imaginación brillante, se acercó a Nicolás y le dijo con altiva arrogancia:

—Mi querido Nicolás, es ineducado hablar en un idioma que los demás no comprenden. He decidido que mientras estemos aquí hablaremos siempre el inglés. Asíaremos práctica.

—¡En inglés!... ¡Con el inglés tan malo que hablo!... ¿Cómo podremos intimar?

—No intimaremos, Nicolás; estoy decidida y tú sabes como soy cuando me decido... Y si te empeñas en hablar nuestro idioma fingiré no entenderte. De modo que ya sabes a qué atenerte.

—¡Oh... esto es terrible!... ¡Esto es fantástico!

—Tú lo has dicho... ¡fantástico! —susurró Nancy que estaba desolada por la presencia de aquel mequetrefe que venía a romper su bello idilio, su sueño encantador.

Madison, en un estado de ánimo deplorable al descubrir que la princesa le había mentido al asegurarle que no había otro hombre en su vida cuando estaba ya prometida a aquel hombre indigno de ella, se sintió tan humillado que no quiso seguir allí y avanzó hasta Nancy presentándole sus excusas:

—Alteza, lamento no poder quedarme para el té. Encantado de conocerla... y que sea muy feliz con su prometido...

Nicolás le dijo una serie de cosas que Madison no entendió, porque se las dijo en torondense.

—¡A paseo!—le dijo Madison a tiempo de salir.

—No me gusta ese tipo, no me gusta...—dijo Nicolás, moviendo la cabeza con desagrado.

—Tampoco me gustas tú a mí,

renacuajo—replicó Nancy, con lágrimas en los ojos, dolida de la brusca marcha de Porter Madison.

—Sí, Sí... ¿qué quiere decir renacuajo? ¿Por qué me llamas renacuajo?

Nancy no contestó y salió desesperada del salón. Aquel hombre había roto en un momento el más dulce ensueño de su vida.

Pero ella no quería que Porter Madison conservara un recuerdo amargo de la princesa, se vistió rápidamente un elegante traje de calle y corrió a la redacción. Madison se quedó asombrado al verla entrar. Se puso en pie y Nancy creyó notar que tenía los ojos enrojecidos—¿de rabia o de amor? —eso era lo que Nancy quería averiguar.

—¿Por qué ha venido después de...?

—¿Después de haberse marchado usted de modo tan poco correcto?—concluyó Nancy.

—No, después de haberme dicho usted que no había otro hombre en su vida estando comprometida...

—Es usted poco amable... y poco psicólogo... Nicolás me importa tan poco que en aquel momento no me acordaba ni de que existiera... En aquel momento sólo pensaba en ti,

Porter, porque te amo... Por esto he venido... Para decírtelo, para que sepas que el único amor de mi vida eres tú... Ahora ya puedo marcharme tranquila.

—Sí... —murmuró Madison, emocionado por el tono en que la princesa fingida había pronunciado aquellas palabras. Nancy se refugió en los brazos de Madison y apoyó su cabecita sobre el pecho fuerte del hombre.

—Ahora soy feliz, Sí...—suspiró quedamente Porter Madison, acariciando el pelo sedoso y crujiente de su amada.

—Yo no...—replicó ella casi en un sollozo.—Nuestro amor es un imposible.

—¿Imposible?... ¿Serás capaz de sacrificar la felicidad de tu vida a una boda de conveniencia política? No, Sí, nos amamos y tenemos derecho a la felicidad... Te amo desde el primer momento en que te conocí...

—Yo también, Porter, también te amo desde aquel momento.

—¿De veras?... ¿Y quieres cerrar la puerta a la felicidad? No, Sí; huyamos, seamos dichosos...

—No es posible, Porter... no sería justo... no debo hacerlo... Además, en el momento en que yo dejara de ser princesa, tú dejarías de amarme—dijo Nancy, pensan-

do en la realidad de su vida, en aquel engaño que no podría sostenerse ya por mucho tiempo, y en que, si Porter Madison descubría el engaño, no podría amarla nunca, nunca...

—No, mi vida, te amaré siempre. El título no me fascina; eres tú a quien amo.

Madison la estrechó más fuertemente entre sus brazos e intentó besarle la boca, pero Nancy se defendió:

—No... por favor... podría olvidar que soy princesa y que no soy más que...

—¿No me amas?

—Con toda mi alma... Es lo que he venido a decirte... También quería decirte otra cosa... pero no puedo... no me comprenderías...

—Pruébalo—insistió Porter.

—Quiero decirte que... que no tengo derecho a amarte como te amo... Quisiera poder decirte el por qué... pero no puedo, no puedo... Acaso pienses que estoy loca... pero créeme, no amo a nadie más que a ti y es a ti a quien seguiré amando toda la vida, suceda lo que suceda...

Sin decir palabra, dejando a Porter Madison en la más terrible confusión, Nancy huyó rápidamente antes de que su amor fuera más fuerte que su deber, antes de que la confesión sincera brotara de sus labios, antes de que fuera ella la única responsable de que se descubriera toda la farsa de la comedia que le habían hecho representar y en la que dejaría deshecho su pobre corazón de chiquilla enamorada.

VI

El reporter aliado con Donald, no cesaba en su empresa de descubrir la verdad. Los dos estaban seguros de que la princesa y Nancy eran una misma persona, pero no tenían pruebas para demostrar-

lo y esto era lo que precisaba encontrar. Donald quería vengarse del desprecio que Nancy le había hecho y del puñetazo que Madison le había propinado, y el periodista quería encontrar las pruebas para

asombrar a todos los Estados y poder ocupar el cargo de director del "Star Express".

Seguían de cerca a la princesa y a la comitiva, escuchaban por todos los rincones, lo fisgoneaban todo; pero nada habían podido aún encontrar. Por fin llegó el día en que la princesa salía de Nueva York para ir a visitar otras ciudades de los Estados. Sería un rápido viaje que duraría dos semanas al fin de las cuales volvería a Nueva York para embarcar con rumbo a su país, si se había conseguido cubrir el empréstito de cincuenta millones. Los dos amigos acudieron a la estación. No perdían ni una de las ceremonias oficiales que pudieran acaso dar luz a aquel misterio que no acertaban a descifrar. La princesa, acompañada por parte de su séquito, y naturalmente, por Gresham que era como el anunciador de una barra de feria, desde la plataforma del tren saludó a los neoyorquinos a través del micrófono. La multitud aplaudía y grandes vítores acompañaban cada una de sus frases. La princesa había sabido conquistarse el corazón de la multitud.

Lo que disgustó sobremanera a Nancy fué ver llegar a Nicolás. Odiaba a aquel hombre. El tenía

la culpa de su desdicha y, ya que había tenido el valor de callar para no desbaratar los planes de Gresham, se creía en el derecho de exigir que no le impusieran a aquel hombre como compañero de viaje.

—Si sube al tren tendrá que pasar por encima de mi cadáver—dijo Nancy, mostrando a Nicolás, y hablando muy quedamente a Gresham.

—No olvide que es su prometido.

—Lo dicho... O pasará por encima de mi cadáver, o bajará él del tren hecho cadáver... Elija.

Gresham ya no podía retroceder y dar orden de que el príncipe Nicolás no figurara en el séquito de la princesa. Se calló y prefirió esperar y ver qué pasaba. Nicolás subió con todas sus maletas y sus arreos de caza; pero cuando el tren comenzaba a ponerse en movimiento llovieron sobre el andén las maletas, los arreos de caza y por último el propio Nicolás, que hizo una triste figura al quedarse en el suelo despachurrado.

Los primeros en ayudarle a levantarse y a recoger todas sus cosas fueron el reporter y su amigo. Acababan de ver en aquel hombre una pequeña huella que podía conducirles al descubrimiento de la verdad. Le atendieron con solici-

tud y le acompañaron hasta el hotel.

Cuando se vieron a solas con él en el salón del hotel, el reporter le preguntó con interés:

—Usted es el príncipe Nicolás, ¿verdad?

—Sí, soy yo... ¿Se les ofrece algo?

—Somos periodistas y quisiéramos entrevistarle a usted.

—Bien, bien... ¿Y qué es lo que quieren saber?

—¿Piensa usted que América ha cambiado mucho a su prometida la princesa Catalina Teodora Margarita María de Toronda?

—¿Quién, Sisí?... Pues, la verdad, sí, encuentro que la ha cambiado bastante.

—¿De veras?—preguntó con interés Donald. —¿En qué ha cambiado?

—En muchas cosas, en muchas... en la voz, en el gesto, en el andar... en algo indefinible que a ratos me hace pensar que no es ella misma.

—¡Eso es! ¡No es ella!—exclamó triunfalmente el periodista.

—Ha cambiado en el trato que usa conmigo—siguió diciendo Nicolás en un inglés tan defectuoso que sus dos interlocutores tenían que esforzarse para no soltar la carcajada—. Es verdad que nunca me ha querido gran cosa, pero no

había llegado nunca a arrojarme del tren, como ha hecho hoy.

—Seguro que no es la princesa.

—Es verdad... podría ser otra...

—Puede ser una impostora...—sugirió el periodista.

—Eso es, una impostora... Sí, estoy seguro de que es una impostora.

—¿Lo sospechaba usted ya antes de ahora?

—Sí... Pero si no es ella, ¿dónde está Sisí?—preguntó Nicolás con un aire estúpido.

—Esto es lo que queremos averiguar. Usted podría facilitarnos un registro en las habitaciones de esa fingida princesa. Quizá en ellas encontremos algunos datos que puedan orientarnos... Es preciso evitar que esa mujer audaz se apodere del título y de la personalidad de la verdadera princesa...

Nicolás se dejó convencer por aquellos dos hombres, porque desde el primer momento en que vió a su prometida tuvo la intuición de que no era ella, de que algo raro la diferenciaba de la suya, de su Sisí amada, de la futura heredera del trono de Toronda.

Registraron cuidadosamente la habitación, pero nada hallaban. Todo estaba en el más perfecto orden. Ni un retrato, ni una carta, ni un recuerdo que pudiera tra-

cionar la verdadera personalidad de Nancy. Comenzaban a desesperar de averiguar lo que buscaban cuando Nicolás halló un pequeño cuaderno que entregó al periodista diciéndole:

—Quizá esto sea la prueba que buscamos.

—¿Esto? ¡Qué va a ser! Apuesto a que no es más que la cuenta de la criada... aunque en verdad, no creo que las princesas se ocupen en esas fruslerías... Veamos, veamos qué dice.

Era el cuadernito en donde Nancy Lane iba pegando todas las críticas periodísticas que hablaban de ella, aquel cuadernito que había comenzado soñando verlo un día coronado por la gloria. Los ojos atónitos del periodista leyeron:

“La señorita Nancy Lane se reveló una damita joven”. “Nancy Lane estuvo muy discreta en su papel”.

—¡Ya la tenemos!—gritó con entusiasmo—. Es usted un buen sabueso, mi querido príncipe.

—¿Qué? ¿Qué dice? ¿Qué quiere decir sabueso?

—No se preocupe, pero el caso es que ya la hemos encontrado.

—A quién?

—A la impostora.

—Estaba seguro de que era la

misma—dijo Donald con aire de triunfo—. No en vano trabajé con ella siete semanas seguidas en una misma representación.

—¿Y cómo le echaremos el guante?

—Esto hay que estudiarlo.

—Será muy difícil.

—Lo mejor sería que usted, como príncipe, hablara en público seriamente, contando el caso.

—¡Oh, no!... ¡Yo no puedo hablar en serio, porque todo el mundo se ríe de mí!—confesó ingenuamente el príncipe.

—Entonces queda de cuenta nuestra... Descubriremos el ardido y nos haremos millonarios.

Los proyectos que hacían eran tan disparatados que no era realizable ninguno de ellos. Se pasaron quince días pensando nuevas cosas sin llegar a la conclusión definitiva. No podían demostrar que Nancy Lane era la princesa si no encontraban a la auténtica princesa y, por más que revolvieron toda Nueva York, no pudieron dar con ella, porque, naturalmente, buscaron por todas partes menos en las habitaciones privadas del hotel donde se hospedaban las dos princesas: la auténtica y su doble.

Nancy había recorrido triunfalmente diversas ciudades de Estados Unidos. Pero aquella apoteo-

sis real no la satisfacía. Llevaba hondamente clavada en el corazón la tristeza de su sueño perdido y no podía gozar de nada pensando en el hombre que la había hecho sentir el verdadero amor para perderlo apenas conocido.

Regresó a Nueva York fatigada y triste. No parecía la misma muchacha de los primeros días de lo que ella llamaba su debut teatral, pues no había aceptado aquel cargo con otra idea que con la de representar bien el papel que se le confiaba. Estaba fatigada y añoraba los tiempos en que, muriéndose casi de hambre, no conocía la tortura inexplicable que da el amor cuando no puede ser saciado o no se cree correspondido. Ansiaba ya poner fin a aquella farsa, volver a su vida real, olvidar todo aquello que, pasado el tiempo, no le parecía más que una rara pesadilla. Aquella misma noche sería la recepción oficial de despedida y al día siguiente volvería a ser Nancy Lane, sólo que tendría unos cuantos miles de dólares para poder vivir a cubierto de la miseria. ¡Caro le había costado ganarlos, porque había perdido en el juego su propio corazón!

—¿Le gusta estar de regreso? —le preguntó Gresham que estaba contento del trabajo realizado por

aquella muchacha, trabajo que le había valido a él poder cubrir el empréstito de cincuenta millones.

—Sí... Ser princesa no es lo que yo me pensaba — replicó Nancy tristemente—. La comedia ya se acaba, afortunadamente.

—Falta el final, el apoteosis— dijo Gresham, subrayando sus palabras—. Esta noche la gran recepción. ¡Y tengo preparada una hermosa venganza! ¿Ve usted esto?—le preguntó mostrándole una cruz descomunal, de brillantes coloridos—. Es la medalla de los hijos de la Estrella de África. Me la ha dado el portero del hotel. Esta noche se la impondrá usted a Madison, en recompensa a sus buenos servicios. ¡Lo que nos vamos a reír!

Gresham dejó sola a Nancy, yendo a disponer las últimas órdenes para la despedida nocturna que había de ofrecer verdaderos caracteres de acontecimiento. Nancy se sentó en una silla y gruesos lagrimones le rodeaban por las mejillas. Ya era mucho tener que renunciar a su bello sueño de amor; pero era superior a sus fuerzas tener que tomar parte en una burla cruel hecha al hombre amado que no le perdonaría nunca el que lo pusiera en ridículo delante de la más alta sociedad neoyorquina.

Absorta estaba en sus pensamientos cuando una doncella, una dama de honor de la verdadera princesa, entró en su aposento y le dijo:

—Alteza, la princesa desea hablarte.

—¿La princesa?—preguntó Nancy, extrañada.

—Sí, alteza—replicó la dama de honor que sabía bien no podía dejar de dar el tratamiento a la que sustituía a la verdadera alteza real.

Nancy siguió a la dama hasta las habitaciones de la princesa Catalina Teodora Margarita María y penetró en ellas ella sola, porque la princesa había dado orden de que quería hablar a solas con aquella muchacha. Con un poco de timidez avanzó Nancy hasta la butaca en donde la princesa estaba recostada.

—¡Oh, es asombroso lo que veo! —exclamó la princesa con sencilla admiración.

—¿Os sentís mejor, alteza?— preguntó Nancy, haciendo una reverencia de corte.

—Sí, ya estoy bien... Pero siéntese... me gusta verla... Me habían dicho que se parecía mucho a mí, pero nunca pensé que el parecido fuera tan asombroso... Siéntese, miss Lane.

—Su alteza puede llamarme Nancy—dijo la muchacha, sentándose junto a la butaca de la princesa.

—Y tú puedes llamarme Sisí. La formalidad, en estas circunstancias, sería ridícula. Tú eres yo y yo soy tú... No sé si tengo que llamarte a ti alteza o eres tú la que tienes que darme a mí ese tratamiento... Para evitar complicaciones es mejor que hablemos como dos buenas amigas. ¿No te parece?

—¡Alteza! —murmuró Nancy, emocionada de la naturalidad y del afecto con que le hablaba aquella cuyo puesto ella había ocupado.

—Me gustas, Nancy. He leído la prensa de todo este mes y me he entusiasmado leyendo las alabanzas que de mí hacían... América te adora, Nancy, y viéndote no me sorprende... Pero... pero diciendo estas cosas, me parece que me estoy adulando a mí misma... puesto que tú has sido yo... No importa, viéndote me gusto más—dijo la princesa, riéndose de sus propios comentarios.

—Eres encantadora, princesa— dijo Nancy, riendo también, contagiada de la alegría de aquella muchacha que era de su misma edad y con la que se la podía confundir tan fácilmente.

—¿No exageras? Vamos, no va-

yas tú también a adularte a ti misma. Dime, ¿te ha gustado ser princesa?

—Mucho... pero estoy muy contenta de que haya terminado.

—Naturalmente... yo también, muchas veces, quisiera dejar de ser princesa aunque sólo fuera por un mes, como has dejado de ser tú una vulgar ciudadana para convertirte en una princesa... Tú eres dichosa, porque vuelves a tu clase contenta. Para mí nunca termina esta vida que a ti te ha fatigado por un mes... Siempre las mismas recepciones, siempre las mismas palabras, siempre idénticas adulaciones... ¡Todo tan falso, tan falso de sentido!... ¡Y tan falso de sentimiento!... ¿Conoces a Nicolás?

Nancy hizo un gesto afirmativo y una mueca de disgusto que no pudo reprimir y que la princesa imitó con gracia:

—¿Qué te ha parecido? Sinceramente.

—Sinceramente detestable —afirmó Nancy que quería hablar con toda sinceridad a aquella mujer que la trataba como a una igual.

—A mí también... Si no fuera porque la patria me pide este sacrificio... Hay en Toronda un joven que me gusta mucho... ¡Si lo vieras! Es alto, moreno, fuerte,

con apasionados ojos negros y una boca grande y sensual... Me gustaría saber a qué saben sus besos... Pero la patria es una tirana de la que no podemos deshacernos con facilidad.

—¿Y tendrás que casarte con Nicolás? —preguntó Nancy, compartiendo la tristeza de Sisí.

—¡Qué remedio!... Tú eres dichosa, tú eres libre, tú podrás casarte con el hombre al que ames... No hay trabas en vuestra clase, no hay conveniencias del país ni ligazones entre potencias enemigas, ni obligaciones de partido... Puede mandar el corazón libremente... ¡Si vieras cuánto te envidio!

Nancy no contestó, bajó la cabeza y rompió a llorar desconsoladamente.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —preguntó Sisí alarmada al ver las lágrimas de la que ella creía tan feliz.

—¡Tampoco yo puedo casarme con el hombre a quien amo!...

—¿Por qué?... Cuéntamelo todo...

—¡Oh, alteza, le amo y me ama... pero él cree que yo soy tú! —suspiró Nancy entre lágrimas y sollozos.

—Pobrecita Nancy... ¡también a ti te ha hecho desdichada ser princesa! Sigue, sigue contando...

—Una noche...

—¿Fuí a su casa? —preguntó la

verdadera princesa, sumamente interesada por el cuento.

—Perdón, princesa —murmuró Nancy, un poco avergonzada.

—¿De qué?... ¡Me alegro mucho de haber estado sola con un hombre! ¡Iba en pijama?

—Sí, princesa.

—Llevaba bata encarnada, cuello y puños de seda y unas pantuflas del mismo color de la bata?

—Sí, princesa —volvió a contestar Nancy asombrada del poder adivinativo de su nueva amiga.

—¡Maravilloso! ¡Tal como yo lo he soñado tantas veces! Parece que le estoy viendo; alto, moreno, fuerte, con los dientes muy blancos y apretados, la boca firme y los labios rojos... Dime, ¿a qué saben sus besos? —preguntó la princesa, exaltada por el relato.

—¡Princesa! —murmuró Nancy bajando los ojos.

—No me digas que no te ha besado.

—Es verdad, me besó maravillosamente...

—¡Ah, qué feliz eres, Nancy, qué feliz!... Yo tengo que contarte con Nicolás... —suspiró la princesa con un acento melancólico—. No llores, Nancy, el recuerdo de ese amor puede llenar toda tu vida... A veces es más dulce vivir de un recuerdo que exponerse a sufrir un terrible desengaño.

—¡Oh, princesa, lloro porque, además de haberle perdido para siempre, me obligan a engañarle, a burlarme de él, a ponerle en ridículo!... ¡No me lo perdonará nunca!

—¿Quién quiere obligarte a esa maldad?

—Gresham... el que me alquiló para que te sustituyera. Gresham odia a Porter Madison, porque le ha llamado *lobo* y *cuervo* y no sé qué otras cosas, de las finanzas. Por esto quiere ponerle en ridículo... Esta noche, durante la recepción de despedida, quiere que le condecoré en tu nombre con una falsa condecoración que le ha dado el portero del hotel.

—¡Ah!... ¿eso quiere hacer? Pues vas a ver tú como es él el que queda en ridículo. Yo ya estoy restablecida. Esta noche asistiré yo a la recepción. No se notará el cambio. Somos tan iguales que nadie podrá adivinar la suplantación. No temas nada, Nancy. Eres encantadora y te quiero... Me imagino que eres yo misma y por esto te quiero aun más. Además te has enamorado ¡y he soñado tantas veces en un amor verdadero! Ya que yo no lo puedo tener, ya que he de

ser esclava de mi posición y de mi alcurnia, quiero que tú seas feliz. No sufras, no temas...

Las dos amigas se abrazaron y se besaron tiernamente. Nancy salió más tranquila de la entrevista. La princesa sintió que su corazón

se llenaba de la luz tierna y suave de la amistad. Nunca, hasta entonces, había podido hablar con tanta libertad con una muchacha que había olvidado por completo que hablaba con una princesa y le había abierto francamente su alma.

VII

Todas las grandes personalidades habían asistido a la recepción de despedida de la princesa de Torronda. La princesa había sabido cautivar el corazón de los neoyorquinos que querían rendirle un sincero homenaje para que se llevara un bello recuerdo de aquella ciudad que se sentía orgullosa de haberla tenido como huésped ilustre.

A las once en punto se abrieron las puertas y el chambelán anunció con voz grave:

—Su alteza real Catalina Teodora Margarita María, princesa de Torronda.

Y la princesa, la verdadera princesa, vestida con un elegantísimo traje de corte que realzaba más sus encantos personales, avanzó majestuosamente entre la doble fila de

caballeros y damas que se inclinaban respetuosamente a su paso, subió al estrado que se había levantado al fondo del salón y tomó asiento en el trono improvisado. Porter Madison la miró largamente con una mirada melancólica, llena de amor. No supo ver el cambio. Seguía creyendo que Nancy Lane era aquella muchachita que le había visitado en la redacción, y que la princesa nada tenía que ver con ella. Ahora sentía una honda emoción al pensar que la veía por última vez y que sus magníficos sueños de amor se desvanecerían como una sombra que se pierde en el aire.

Gresham se adelantó hasta la princesa. Tampoco él supo ver que ya no era Nancy Lane la que ac-

tuaba de princesa, sino la propia Sisí. El leve cambio que pudiera apreciarse podía atribuirse al cambio de peinado, al vestido de corte, incluso al mismo ambiente que la rodeaba. Se acercó Gresham al trono y dijo, entregándole un documento:

—Alteza, tengo el honor de anunciar que el empréstito se ha suscrito tres veces y que es el éxito más grande que empréstito alguno ha alcanzado en nuestro país.

Sisí tomó el documento y lo entregó a su ministro. Este lo miró, sonrió con una sonrisa beatífica y lo entregó a otro de los ministros. Así fué pasando de mano en mano entre todos los dignatarios de Torronda que sentían su corazón aliviado de inquietudes al ver que el éxito del viaje superaba a sus esperanzas, a pesar del contratiempo de las paperas de la augusta hija del monarca.

La princesa se puso en pie y pronunció breves palabras de agradecimiento y de despedida:

—Y antes de deciros adiós—concluyó—, antes de despedirnos de nuestros leales amigos, queremos expresar nuestra gratitud a dos americanos insignes: Porter Madison III y Richard Gresham, que se nos han mostrado tan adictos y tan fieles durante nuestra

permanencia en Estados Unidos. En nombre de su majestad el rey les impondremos una Orden gloriosa que sea recuerdo de nuestro paso por esta tierra hospitalaria y generosa.

—El rey habrá telegrafiado dando esta orden—murmuró Gresham al oído de Madison que estaba a su lado.

Madison no contestó. Tenía el alma y los sentidos puestos en aquella mujer que le parecía ahora tan alejada de él que no llegaba a comprender cómo se había atrevido a tenerla en sus brazos, a besarla en los labios, a decirle que la amaba.

—¡Richard Gresham! —dijo la princesa en voz alta.

Gresham se adelantó hasta el trono y la princesa, mirando el estuche que le presentaba su primer ministro y en el que había la cruz enorme y ridícula que Gresham había obtenido del portero y otra diminuta, de fino trabajo de orfebrería, tomó la primera y la colgó en el cuello de Gresham, diciendo:

—En nombre de su majestad el rey os imponemos la Orden de Carlos Magno, de tercera clase.

—Te equivocas —dijo Gresham en voz muy baja, creyendo que hablaba a Nancy—es la otra, la peque-

ña es la que has de ponerme... ésta es para él.

—¿Es muy elegante, verdad?— replicó la princesa, sin hacer caso de las palabras de Gresham al que dirigió una mirada llena de burla y de ironía—. Le impongo lo que se merece—repitió la princesa en el mismo tono mientras le pasaba el cordón en torno a su cuello.

Gresham se fué a su lugar mordiéndose los labios de coraje. ¡Ya se las pagaría aquella pequeña descarada! La princesa pareció no darse cuenta de nada y dijo:

—¡Porter Madison III! Por su lealtad a la princesa de Toronda, por su desinterés, por sus atenciones, en nombre de su majestad el rey le imponemos la Cruz de Oro de Toronda, de primera clase.

Madison fijó sus ojos en la princesa, y la princesa le sonrió complacida. Era el tipo que ella se imaginaba, en el que tantas veces había soñado. Envidiaba sinceramente a Nancy y hubiera querido poder saborear las caricias de aquel hombre que la contemplaba con emoción y que estaba un poco tembloroso al sentir el roce de las manos de la princesa en torno a su cuello cuando le colocó la Cruz de oro de Toronda.

—¡Un momento, señora!... ¡Un momento!—gritó la voz de Nico-

lás que irrumpió precipitadamente en el salón, como si temiera llegar tarde.

—¿Qué pasa?... ¿Por qué interrumpes?... ¿A qué viene ese grito extemporáneo?—la preguntó la princesa.

—¿Quién es usted?—le preguntó Nicolás, creyendo también que se dirigía a la falsa princesa.

—Y tú me lo preguntas?

—Sí... ¡Se acabó la farsa!... ¡Está bien probado que no es usted más que una impostora! ¡Usted es Nancy Lane, una artista de infima categoría!... ¡Y ahora mismo la vamos a desenmascarar!

Madison apretó los puños. ¿Era posible? ¿Se había dejado engañar como un niño por aquella despreocupada? Había de ser cierto cuando el mismo príncipe Nicolás lo decía. ¿Qué pruebas tenía para demostrarlo?

Nicolás había telegrafiado al rey de Toronda diciéndole que viniera urgentemente a Nueva York. Sólo él podía descubrir si la princesa era su hija o no lo era. Y el rey, ante la gravedad del caso, había emprendido el vuelo a Nueva York, llegando en el instante mismo en que iba a tener fin la representación.

—Que pase... que pase...—dijo

Nicolás, dando órdenes a los chambelanes.

Se abrieron las cortinas y apareció el rey, que penetró en el salón un poco pálido y preguntó, mirando a la princesa que seguía todavía en su trono:

—¿Dónde está mi hija?

—¡Papá!—gritó con un grito de júbilo la princesa, corriendo a él y echándose en sus brazos—. ¡Has venido a buscarme, Tony?... ¡No conoces ya a tú Sí sí?

El rey miró a su hija con aquella ternura paternal con que siempre la contemplaba y exclamó lo bastante alto para que todos pudieran oírle:

—¡Hija mía!... ¡Y ese imbécil de Nicolás que me telegrafió diciendo que habías desaparecido! Mi hija te detesta, Nicolás... y yo también... Te juro que no te casarás con ella. No puede darse una bella margarita a un gorrino como tú...

Madison no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. Se acercó a la princesa y, en tono suplicante, le dijo:

—Alteza, ¿quiere aclararme todo ese misterio?

—Lo aclaran unas inoportunas paperas que me dieron al llegar aquí y la necesidad absoluta de mi país de cubrir un empréstito... Nancy Lane me ha sustituido... y

me ha sustituido ventajosamente.

—Entonces... yo no he hecho nada más que el ridículo...

—¿El ridículo?... ¿Es hacer el ridículo enamorarse de una muchacha encantadora?

—Enamorarse de una impostora—corrigió Madison, que sentía la vergüenza asomarle al rostro en llamaradas.

—Enamorarse de una muchacha que se sacrificó para salvarme a mí—dijo la princesa, defendiendo con calor a Nancy Lane—. Si mintió, mintió por mí... Además, ella le quiere... Yo, en su lugar, ¡me sentiría tan dichosa!...—suspiró la princesa.

—¿Dichosa? — preguntó Madison, extrañado.

—Sí, porque Nancy ha conocido el amor verdadero y puede recuperarle si usted sabe comprender la belleza de su acción... Yo, en cambio, regresaré mañana a Toronda... Si usted se hubiera enamorado realmente de mí, tendríamos que separarnos y no volver a vernos jamás. Con Nancy es distinto. Pueden formar un hogar y pueden ser muy dichosos.

—Princesa, no intentéis convencerme... No podré olvidar nunca que fuí engañado por una impostora.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Seguir amando a la princesa de Toronda... —dijo Madison, dando media vuelta y alejándose del salón.

Dos horas más tarde, en el salóncito íntimo de las habitaciones particulares del rey y la princesa de Toronda, Gresham liquidaba a Nancy la cuenta que con ella tenía pendiente.

—Aquí tiene usted el cheque con la cantidad prometida. Y además la gratificación de cinco mil dólares.

—Gracias... —murmuró Nancy guardando el cheque—. ¿Ha estado contento de mí?

—Contentísimo... ¡Es usted admirable! Se ha portado como buena... y si yo tuviera veinte años menos le daría una lección a ese estúpido de Madison, casándome con usted—replicó Gresham, dándole unas palmaditas en el rostro.

Nancy salió, después de haberse despedido del rey y la princesa que la agasajaron mucho y la hicieron bellos regalos. Al ir a cruzar uno de los salones del hotel, se encontró de manos a boca con Porter Madison que la detuvo y le dijo con desprecio:

—Me has engañado, ¿eh?... Tú no eres más que Nancy Lane, aquella muchacha que come con el cuchillo, coge con los dedos las patas

del pollo, moja el pan en el café y rebaña la salsa de los platos...

—Lo hago... cuando el papel lo requiere... como hago de princesa con la misma naturalidad—contestó Nancy, queriendo dominar su emoción.

—¿También pedía el papel que me hiciese el amor?

—Sí, también lo pedía... y me lo pagaban muy bien—contestó Nancy con altivo desdén, queriendo castigar a aquél hombre cuyas palabras la estaban ofendiendo.

—¡Estará satisfecha!... Puede decir que es una primera actriz... ¡Y que me ha puesto bonitamente en ridículo!

—Los hombres siempre hacen el ridículo...

—Y yo más que ninguno.

—No sea vanidoso... los hay peores —contestó Nancy esbozando una ligera sonrisa.

—¡Oh!... ¡Qué frescura!... ¡Y cómo hacía su papel!... “La primavera, en el *trava*, es deliciosa”... “Puede besar nuestra mano”...—dijo Madison, imitando ridículamente a Nancy.

—¿No le gustó mi trabajo?

—¿Qué importa eso ahora!...

—¿No le gustaron mis labios?—volvió a preguntar Nancy, mostrando su boca jugosa y fresca, provocativa y tentadora.

—¿Y a usted los míos?—preguntó Porter con ira.

—Yo fuí la primera que pregunté... Usted dirá.

—Yo no digo nada... ¿Qué hará usted ahora? ¿Buscar a otro tonto que se deje engañar?

—Poco comería si todos los tontos a los que yo engañara fueran como usted... No; iré a cazar... trabajo... esa ave tan rara en Estados Unidos—dijo Nancy con amargura.

—¿Tan mal le han pagado su papel?

—¿Quiere usted ver el caso que hago yo del dinero? —preguntó Nancy con lágrimas en los ojos, mostrando el cheque que Gresham acababa de darle—. Pues mire, hago así, así, y así, y lo arrojo al aire para ver como vuela—añadió, rompiendo en mil pedazos el papel y echándolo a volar—. La tonta, la ridícula, la estúpida he sido yo... Si, yo, por enamorarme de un hombre como usted, que sólo es capaz de amar a una mujer inalcanzable, como una princesa... Yo, en cambio, le quise como era, sin tener ningún título, sin garantía alguna, le quise porque me gustó, le hubiera querido aunque hubiera sido usted el más infeliz de los hombres... A usted quizás no le gustó besarme... pero a mí sí, me gus-

tó mucho, porque le amaba y el amor torna en divinas todas las caricias del amado... ¡Si supiera cuánto lloré después! Estaba segura de que en cuanto descubriera el engaño dejaría usted de amarme, porque usted no amaba a la mujer, sino a la princesa...

—Y sigue usted amándome...—murmuró Madison, seducido por las palabras de Nancy.

—No, ahora no; no podría amarle después de lo que me ha dicho.

—¿Por qué ha roto el cheque?

—Por... porque sólo soy una aficionada y mi trabajo no vale tanto... ¡Ah! y aquí están sus quinientos dólares... no los quiero... también hice por afición el papel de la Nancy Lane que conoció usted en la redacción.. Con ellos puede comprarse una granja... casarse con una princesa de cuento... y tener siete hijos...

—Eso de los siete hijos fué cosa suya, yo no hablé nunca de ellos.

—¡Váyase, váyase!... ¡Déjeme en paz!—gritó Nancy, rompiendo a llorar desoladamente incapaz ya de contener su amargura y su dolor.

—Nancy, chiquilla mía, no llores, no llores... No he querido hacerte daño... Te amo tal como eres... Prefiero que no seas una princesa... Si lo fueras te perdería para siempre. Te amo, Nancy, y pode-

mos ser muy felices... Dime, dime que tú también me amas...

—No, no, te detesto, te detesto, te detesto...—gritó Nancy.

Pero Porter Madison la estrechó entre sus brazos, la besó apasionadamente en el pelo, en la frente,

los ojos, en los labios, en el cuello cálido y suave, y Nancy pasó de las lágrimas a la sonrisa y del "te detesto" al "te amo", a aquel "te amo" que les había de unir para siempre y hacerles para siempre felices.

FIN

¡ATENCION!

Con motivo de la próxima

FIESTA DEL LIBRO

Ediciones Bistagne hará un descuento extraordinario de un 10 x 100 sobre todas sus novelas

¡NO LO OLVIDE!

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La viuda alegre. Vírgenes modernas. Mar de fondo. La zarpa del jaguar.
 El gran desfile. El pagano de Tahití. La llama sagrada. Los amores de José Mo-
 Miguel Strogoff, o el Estrellas dichosas. La ley del harén. jica (fuera de serie).
 El Correo del Zar. La senda del 98. La fruta amarga. El caballero de la noche.
 La príncesa que supo Esto es el cielo. Vidas truncadas. Arsène Lupin.
 amar. Espejismos. La fiera del mar. La dama del 13.
 El coche número 13. Evangeline. Tabú. Amor en venta.
 Sin familia. Orquídeas salvajes. El caballero. El pecado de Madelón
 Mare Nostrum. El caballero. Papá piernas largas. Claudet.
 Nantás, el hombre que se vendió. Egoísmo. Trader Horn.
 Cobre. La máscara del diablo. Un yanqui en la corte La casa de los muertos.
 El fin de Montecarlo. El pan nuestro de cada día. del rey Arturo. Titanes del cielo.
 Vida bohemia. Vieja hidalgua. El código penal. El proceso Dreyfus.
 Zazá. Posesión. La pura verdad. La vida de un gran artista
 Iñaki, juventud! Tentación. Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de se-
 El judío errante. La pescadora. rie). Fantomas.
 La mujer desnuda. El beso. Carbón. (La tragedia de Teresita.
 La tía Ramona. Ella se va a la guerra. la mina). Violetas imperiales.
 Casanova. Los hijos de nadie. Estudiantina. La película de las estre-
 Hotel Imperial. El pescador de perlas. Las peripeyas de Skippy. llas. Grand Hotel (fue-
 Don Juan, el burlador de Sevilla. Santa Isabel de Ceres. rde serie).
 Sevilla. Las dos huérfanas. Qué viudita! Soy un fugitivo.
 Noche nupcial. La canción de la estepa. El camino de la vida. Hollywood al desnudo.
 El séptimo cielo. El precio de un beso. Noches de Viena. Sangre roja.
 Beau Geste. La rapsodia del recuerdo. Mamá. El doctor X.
 Los vencedores del fuego. Delikatessen. Era trece.
 La mariposa de oro. Del mismo barro. Cheri-Bibi.
 Ben-Hur. Estrellados. Bésame otra vez.
 El demonio y la carne. Cuatro de infantería. Camarotes de lujo.
 La castellana del Líbano. Olimpia. Los hijos de la calle.
 La tierra de todos. Monsieur Sars-Gené. La divorciada.
 Trípoli. Sombras de gloria. Madame Satán.
 El rey de reyes. Mamba. Cuándo te suicidas?
 Sangre y arena. Molly (la gran parada). Marianita.
 La ciudad castigada. El valiente. El carnet amarillo.
 Aguila triunfante. El frente... marchen! Honrarás a tu madre.
 El sargento Malacara. Prim. Su última noche.
 El capitán Sorrell. El presidio. Las alegres chicas de
 El jardín del Edén. Romance. Viena.
 La princesa mártir. El gran charco. Viva la libertad!
 Ramona. Tempestad. Salvada.
 Dos amantes. El dios del mar. El teniente del amor.
 El príncipe estudiante. Anne Christie. Delicioso.
 Ana Karenine. Sevilla de mis amores. Cielo robado.
 El destino de la carne. Horizontes nuevos. Amargo idilio.
 La mujer divina. La incorregible. Honor entre amantes.
 Alas. El malo. Para alcanzar la luna.
 Cuatro hijos. El pavo real. El hombre que asesinó.
 El carnaval de Venecia. Bajo el techo de París. Ríndase!
 El ángel de la calle. Wu-li-chang. La calle.
 La última cita. Montecarlo. El prófugo.
 El enemigo. Amantes. Milicia de paz.
 La ballarina de la Ópera. La hermana San Sulpicio. Divorcio por amor.
 Moulin Rouge. Moulin Rouge. La dama misteriosa.
 Ben Ali. Los claveles de la Vir- Corazones sin rumbo.
 Los cuatro diablos. Al compás de 3-4. gen. Corazones valientes.
 Rie, payaso, ríe! La princesa enamorada. Pareja de baile.
 Volga, Volga. Amanecer de amor. Al Capone (Pánico en Chicago). Irusta-Fugazot-Demare
 La sinfonía patética. El gran desfile (edición fuera de serie).
 Un cierto muchacho. popular). Mi último amor.
 Nostalgia! Du Barry, mujer de pa- Muchachas de uniforme.
 La ruta de Singapore. Angeles del infierno. Marido y mujer.
 La actriz. La actriz. Mata-Hari.
 Mister Wu. El impostor. Congorilla (fuera de se-
 Renacer. Esposas a medias. rie).
 El despertar. Esclavas de la moda. Erase una vez un vals.
 La melodía del amor. Petit Café. Hombres en mi vida.
 Las tres pasiones. Hay que casar al príncipe. Niebla.
 Cristina, la Holandesita. Cristina, la Holandesita. Inspiración.
 ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! El proceso de Mary Du- Rebeca.
 Sombras blancas. gan. Tarzán de los monos.
 La copia andaluza. Marruecos. El terror del hampa.
 Los cosacos. En cada puerto un amor. La vuelta al mundo por
 Icaros. Conoces a tu mujer? ouglas Fairbanks.
 El conde de Montecristo. El millón. Chica bien.
 La mujer ligera. La mujer X. Recién casados.
 Gente alegre. Champ (El campeón). Milagro?
 Vivamos hoy.

Odio.	Desfile de candilejas.	El juramento de Lagardé.
Los crímenes del museo.	Aves sin rumbo.	re.
El secreto del mar.	Simone es así.	El conde de Montecristo.
Mis labios engañan.	Pescada en la calle.	Julieta compra un hijo.
No dejes la puerta abierta.	Una noche en El Cairo.	La novelade
Dos noches.	Rosa de medianoche.	Carlos Gardel.
La melodía prohibida.	El rey de la plata.	Nobleza baturra.
El primer derecho de un hijo.	Sobre el cielo.	El velo pintado.
Canción de Oriente.	Las sorpresas del coche.	Nuestra hijita.
La amargura del general.	Las mil y dos noches.	Amor de madre.
Yen.	Al llegar la primavera.	Vivamos de nuevo.
Boliche.	Madrid se divorcia.	Cuando el diablo asoma.
La vida privada de Enrique VIII.	Macres de bastidores.	Médr Alegría.
Fra Diavolo.	La portera de la fábrica.	Rosario la cortijera.
El padrino ideal.	Granaderos del amor.	Grandes ilusiones.
El judío errante.	Fanny.	Es mi hombre.
El hijo de la parroquia.	Siempre en mi corazón.	Angelina o el honor de un brigadier.
Letty Lynton.	Tarzán y su compañera.	Rataplán.
Barrio Chino.	El gato y el violín.	La hija del penal.
Yo, tú y ella.	Sor Angélica.	La indómita.
Un ladrón en la alcoba.	Judex.	La pequeña coronela.
El antar de los cantares.	Casanova.	El cuervo.
La llama eterna.	El primer amor.	No me olvides.
Un hombre de corazón.	Eskimo.	Rayo de sol.
Sierra de Ronda.	Un capitán de cosacos.	El cantante de Nápoles.
El rey de los fósforos.	El altar de la moda.	La nave de Satán.
La Cruz y la Espada.	La virgen de la roca.	La verbena de la paloma.
El canto del ruiseñor.	La herencia.	La hija de Juan Simón.
La mundana.	Madame Du Barry.	La reina del barrio.
Adiós a las armas.	Sucedió una noche.	El secreto de Ana María.
Tú eres mío!	Hombres en blanco.	La simpática huérfanita.
Catalina de Rusia.	Fueros humanos.	El héroe público n.º 1
Tempestad al amanecer.	¡Viva la vida!	Ana Karenina
Santa.	El negro que temía el alma blanca.	La Maternal.
Belleza a la venta.	Eskimo.	Los 113
Alalá.	Cuesta abajo.	Doy mi amor.
La hermana blanca.	Sola con su amor.	Los claveles de la Virgen.
La Reina Cristina de Suecia.	El mundo cambia.	La llamada de la selva.
Por un solo desliz.	Canción de cuna.	Crisis mundial.
Se ha fugado un preso.	Paz en la tierra.	¡Abajo los hombres!
El error de los padres.	La dama del boulevard.	El explotador de mujeres.
La ciudad de cartón.	La hermana San Sulpicio.	Rosa de Francia
Honduras de infierno.	El signo de la muerte.	Encadenada.
Doña Francisquita.	La dolorosa.	Una chica angelical
El café de la marina.	Las fronteras del amor.	Los claveles
El agua en el suelo.	Wonder Bar.	Tango-Bar
Fedora.	La dama de las camelias.	Amor en maniobras
El boxeador y la dama.	La doncella de postín.	Ahora y siempre
Esclavos de la tierra.	Caravana.	Marietta, la traviesa
2 Mujeres y 1 Don Juan.	Así ama la mujer.	El último contrabandista.
Alma de bailarina.	La buenaventura.	Odette
Yo he sido espía.	Nada más que una mujer.	El niño de las monjas.
No seas celosa.	Dama por un día.	Nuevas aventuras de Tarzán
	Abdul Hamid.	Por unos ojos negros.
	La espía n.º 13.	Don Quintín, el amargao
	Señora casada necesita	El consejero del rey.
		El brindis de la muerte
		El sueño de una noche de veran.
		No más mujeres
		Dos fusileros sin bala

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

¡ACONTECIMIENTO!

La deliciosa novela de la mejor y más reciente producción de la «gran» SHIRLEY TEMPLE

REBELDE

con John Boles y Jack Holt

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

400

E. B.

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: Una peseta